La Gaceta Literaria

ibérica:americana:internacional

LETRAS—ARTE—CIENCIA

Periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

DIRECTOR-FUNDADOR: E. Giménez Caballero

AÑO III · MADRID, 15 DE AGOSTO DE 1929 · NÚM. 64

Redacción - Administración: Canarias, 41, Teléfono 72.660

REDACTOR-JEFE: G. M. ARCONADA

Toda la correspondencia diríjase al Apartado de Correos núm. 7.081

Se reciben suscripciones en las principales librerías

30 CÉNTIMOS

SUSCRIPCIÓN ANUAL...... España y Países del Convenio postal Hispanoamericano. 7,50 ptas. Extranjero......... 10,00 —

TARIFA DE ANUNCIOS.... 75 céntimos la línea del cuerpo 8. Pólizas de suscripción. Descuentos: trimestre, 10 %; — semestre, 15 %; — anual, 20 %

Reflexiones sobre Paul Souday

A fines del pasado año de 1928, el señor Jean Portail tuvo la idea de dirigir a varios hombres de letras de París la siguiente pregunta:

«Privado bruscamente de ejercer su profesión actual, ¿cómo ganaría usted su vida?

La respuesta de Paul Souday fué la siguiente:

«No aborrecería ser peluquero de señoras; pero es preciso un aprendizaje. Fuera del de hombre de letras, yo no alcanzo a ver otro oficio posible, para mí, en París, sino el de abridor de portezuelas de coches o vendedor de periódicos de la noche. No despreciando dichos oficios, quizás prefiriese retirarme al campo para plantar coles.»

Comentando la repuesta del crítico del *Temps*, decían las *Nouvelles Litteraires* de 29 de diciembre:

«Se ve que M. Paul Souday ama el teatro, pues:

1.° Le tiene envidia a Max Derly en *Peluquero de Señoras*.

2.° Quisiera abrir portezuelas, como *El Botones de Casa Maxim's*.

3.° Prefiere plantar coles, como Mauricio Chevalier.»

El autor de este écho», M. Pierre Humbourg, creyó hacer obra de ingenio al demostrar que el crítico teatral de *Comoedia* se dejaba influir por obras teatrales hasta en sus planes de un porvenir que, no fuera el del forzado de Dragut, atado no ya a los remos de la turquesca galera, sino a la estilográfica de la producción periodística. Pues si dijó Musset que

C'est imiter quelqu'un que de planter des choux,

no creemos estar equivocados al sugerir que Souday, en sus visiones bucólicas de retiro al campo, no hacía más que plagiar a cierto emperador romano, Diocleciano por nombre, el cual, en su Salona final, no volvió a pensar ya sino en su jardín, y cuando le instaban a que volviese a apoderarse del Gobierno, solía ensalzar lo espléndido de las hortalizas por él cultivadas en la huerta.

Sea de esto lo que fuere, nos ha parecido venir la historieta muy al pelo para enhebrar unas reflexioness obre la carrera del difunto crítico literario.

Dejemos las cosas trilladas. Como la de que, *muerto el perro, se acabó la rabia*. Ahora que se pudre Souday en el cementerio de Montparnasse, la descubren todos los buenos cofrades un genio insospechable, e insospechado mientras vivió el compañero. «El mundo es ansí», diremos nosotros también. Y no vamos a reseñar las palinodias escandalosas, ni siquiera la del judío Vanderem en *Candide* de 11 de julio. En París, la explotación de los cadáveres es un párrafo del programa, admitido ya y sancionado, y quien no lo practica es un tonto.

Vivía Souday en el 11 de la rue Guénégaud—era Guénégaud secretario de Estado y guardasellos de la época de Luis XIV, y no desdice de su nombre la calle, con sus casas antiguas con vistas a los edificios de la Moneda, del siglo XVIII, pues los edificó Antoine de 1768 a 1775—y, como en el mismo número habita mi amigo Henri Lemaître, sabio bibliotecario de la *Nacional* y director de la *Revue des Bibliothèques* y de la *Revue de Histoire Franciscaine*, quiso la casualidad que, yendo a visitar a Lemaître, me encontrara con Souday.

Souday, hijo de un catedrático, criado y educado para profesor, con una mentalidad profesoral que en vano trataba de disimular, afectó, sobre todo desde la guerra, soberano desdén por la clase profesoral. Es que, sabiendo mejor que nadie, dónde le apretaba el zapato, quería hacerse perdonar sus orígenes, ya que estúpido prejuicio mantiene en nuestros días de pie la vieja leyenda de la incompatibilidad entre una información moderna y una pluma modernista y la profesión de maestro de la juventud. En su «folletín» del *Temps* de 2 de febrero de 1927, dedicado a criticar el librito de un catedrático del Liceo Henri IV, Edouard Maynial: *Precis de Litterature Française Moderne et Contemporaine*, se ha pronunciado Souday sobre tal particular con mayor amplitud que parte alguna.

«Pero—escribe—los Lanson y los Doumic quizá fueran prudentes en complacerse en medio de lo pasado, venido efectivamente a ser materia de enseñanza, porque su doctrina está casi, casi, del todo fijada. Imprudentísimo ha sido el ministro al mandar que se extendiera el curso de Literatura francesa hasta nuestros días, y muy inconsideradas las campañas de la Prensa, que le han arrancado esta decisión. Tienen los profesores por misión la de transmitir unas verdades adquiridas, no la de descubrir nuevas probabilidades. Son los conservadores de unos tesoros inventariados, no los indagadores de su oficio. Ambos tienen su interés propio, pero resultan tan distintos, que el mayor historiador del siglo XIX fué el peor crítico de sus contemporáneos. Me refiero a Sainte-Beuve, autor, por una parte, de *Port-Royal* y, por otra, envenenador de Chateaubriand, de Victor Hugo, de Lamartine, de Vigny, de Balzac, de Stendhal, por envidia y mala fe, sin duda, aunque la falta de comprensión tenga parte en esa actitud.»

Implícitamente presentaba Souday de este modo una indirecta apología suya. «Ved—parecía decir—por lo que no quise hacerme profesor: por culto a la verdad crítica». Y, en efecto, sentía sistemático desdén para todos los escritores universiarios. El pobre «Alain»—cuyo seudónimo, endiosado por Mauroy de egoísta manera, oculta la personalidad del señor Chartier, profesor de Filosofía en el mismo Liceo Henri IV, donde Souday cursó parte de sus estudios—lo experimentó duramente. Otros también. Souday no ignoraba que el tipo del profesor especializado en uno o dos siglos de nuestra antigua literatura, y desconocedor en absoluto de los modernos, es un mito. Todos, desde la guerra, leen y quieren estar al tanto de las modernas pulsaciones mentales. Es el número de los escritores de ficción que desempeñan cátedras de la enseñanza oficial, sorprendente en cantidad y en valor. Vandereur, que sobre este particular de no querer admitir la posibilidad de una misión crítica en los profesores, se hallaba de acuerdo con Souday, ha explotado un mismo sofisma, el cual consiste en cerrar los ojos a la realidad presente y en atenerse a unos tipejos de marras, del todo desaparecidos de las falanges universitarias.

No fuera, empero, éste el defecto mayor de Souday si en la eterna repetición de sus críticas no se viera la intención, poco honesta, de negar a una clase social muy superior a la opinión que de ella propalan ciertos periodistas, unos valores que no posee evidentemente de un modo global, pero que les son propios e indiscutibles a numerosos entre sus individuos. Su mayor defecto estribaba en la falta de documentación mundial. Leía el inglés, bien que mal, pero el alemán, ni pizca, y, en cuanto al español y al italiano, nada en absoluto. Pero es éste un defecto común a la mayoría de los escritores de Francia. En una conferencia que dí en el último mes de mayo sobre la España de hoy, pude aludir chistosamente al reducido tamaño de *Le Temps* comparándolo con *La Vanguardia*—pues estaba hablando de Barcelona—y mis oyentes me aplaudieron cuando les expliqué que M. Leon Rollin, corresponsal del «gran diario francés» en España, no mandaba en un mes a su periódico lo que a veces en un solo número del diario barcelonés se puede leer de Francia. Pues bien, el tamaño material de *Le Temps* corresponde algún tanto a las capacidades intelectuales de su clientela. Para sus lectores, el extranjero apenas existe, y, en materia literaria, no existe sino en cuanto sigue las normas gálicas. ¿A qué, pues, gastar papel y tinta para reproducir lo que, en términos extranjeros, dicen unos escritores que no hacen más que repetir en su lengua lo que a orillas del Sena es imprime?

Souday colaboraba en el Suplemento literario del diario neoyorkino *The New York Times*, como colaboraba la bonaerense *Nación*. Pero esas colaboraciones, puramente *de pane lucrando*, no modificaban prácticamene sus puntos de vista reducidos. Enmurallado en medio de su literatura francesa, que poseía admirablemente, siendo, como era, un gran lector, dotado de una memoria maravillosa, sus miras iban a la conquisa del sillón académico y se contentaba con la trillada repetición de temas puramente franceses. Sabido es que, además de su «folletín» literario, daba en *Le Temps* unos artículos de primera plana, por lo común dos a la semana, y, cuando moría alguna personalidad literaria notoria, un artículo necrológico. Al morir Blasco Ibáñez, se vió Souday obligado, pues, a celebrar al novelista de Menton, y de prisa hilvanó unos párrafos, que se publicaron en la tarde del 28 de enero de 1928. Lo que dice de su obra no tiene importancia, pero se notará cómo sabía halagar el chauvinismo nacional en ocasiones como esta: «Nuestro país—escribe—ha concedido siempre la más amplia hospitalidad a los proscriptos: es una ambición sagrada, mantenida también por Inglaterra, Suiza, Bélgica, Holanda y todas las naciones civilizadas. El derecho de asilo se remonta a la más remota antigüedad. Muchos, entre nuestros compatriotas, han acudido a él en el extranjero, en varios tiempos. Ha dicho el más ilustre entre ellos:

Oh! n'exilons personne! Oh! l'exil est impie!

Mas las disputas políticas desarrollan un veneno tal, que los más liberales Gobiernos tienen a veces sus desterrados, sin contar que los hay voluntarios o poco más o menos.» Dicho esto, estudia Souday el por qué del éxito de Blasco en Francia, y otra vez halaga el prejucio de *La Nación*: «Debía forzosamente tener éxito en nuestra patria, pues no hace pensar ni en Dante, ni en Petrarca, ni en Leonardo (*sic*), ni siquiera en Boccaccio, sino en nuestra escuela realista contemporánea: En Zola, en Maupassant y en Alfonso Daudet. Para muestra valga este botón, y no insistiremos en la estrechez de los criterios de Paul Souday. La última edición del diario antes aludido, *The New York Times*, que tengo sobre mi mesa al redactar estasl lneas, es la del 2 de julio de 1929. Se compone de 56 páginas de un tamaño en folio. No he de decir a los lectores de La Gaceta Literaria de cuántas hojas consta *La Nación* bonaerense, que no le queda en zaga a la Prensa de Nueva York. Pues bien, por 72 francos al año—precio de favor que consiente *Le Temps* a los profesores de las tres clases de enseñanza, en vez de 110, que es el que pagan otros en Francia para una suscripción anual al «gran periódico»—pueden los profesores franceses empaparse de doctrinas de sano conservadurismo social, con las que las «atrevidas» ideas de Souday no dejaban de formar curioso contraste.

«Atrevido», lo era en cierto modo Souday. Pero sólo en el papel. Su vida privada era la de un burgués, si bien no la del burgués adinerado de hoy. Admitido a unos salones, no sólo «literarios», desplegaba en la mesa un apetito legendario, y de sus antiguas andanzas de bohemio de la época de Moreas y Verlaine, había conservado costumbres de trasnochador, con la bebida y todo, que no contribuyeron poco a socavar su robusta constitución de mosquetero a lo Gómez Carrillo (un Gómez Carrillo nacido en Normandía. Y iudo desde unos diez años, no se daba cuenta de que la vida tiene sus limitaciones y murió sin sospechar siquiera su mal. No diremos que con él haya desaparecido el único crítico literario de Francia, pero sí que su mejor crítico se ha ido. De una Francia cuya mentalidad «resta stranamente fissata in un egocentrismo che le sorti della politica internazionale rendono ogni giorno anacronistico»—esto escribe Aldo Valori en el *Corriere della Sera* milanés de 13 de julio—no lo hemos dicho nosotros tampoco. Mas sí diremos que fué extraño espectáculo el que dió Souday al hacerse enterrar tan católicamente, el miércoles 10 de julio último pasado, en la más vieja iglesia de París, San Germán de los Prados.

CAMILLE PITOLLET.

Uno de los cuadros de Sánchez, expuestos en la "Sala Blava", de Valencia

CORDIALIDAD IMPOSIBLE

En una carta de adhesión a una comida con que fué obsequiado "Azorín", nuestro viejo y querido amigo Francisco Grandmontagne pedía un poco de cordialidad a los escritores españoles. La incitación era oportuna, porque nunca hubo tanta desavenencia como ahora — con haber siempre mucha—en la mal concertada república de las letras. Didivida en minúsculas facciones o cenáculos, en que un astro de alguna magnitud suele presidir un coro de modestos satélites, la mayor parte anónimos, la república literaria—me refiero principalmente a la de Madrid—vive en perenne anarquía, por no decir en constante estado de guerra.

Hace pocos años se fundó el P. E. N. Club—Asociación de poetas, ensayistas y novelistas—, a imitación de los que, con el mismo nombre, existen en numerosos países de Europa y América, especie de Clubs rotarios de la literatura para promover la amistad nacional e internacional entre los escritores; pero o ha dejado de existir o sufre tan grave colapso, que es como si hubiera desaparecido. Ese resultado estaba previsto, en primer término, porque del P. E. N. Club español faltaban numerosos escritores representativos, y muchos otros apenas eran más que aficionados, y en segundo término, porque no tenía nada de edificante el espectáculo dado por una Asociación creada para fines de camaradería y concordia en que la mayor parte de los socios no se guardaban entre sí ni la cortesía elemental del saludo.

Temo, pues, que la admonición de Grandmontagne caiga también en el vacío. La suave planta de la cordialidad no hallará fácil aclimatación en el duro ambiente de la inteligencia española. Problablemente los motivos de esta desarmonía entre los profesionales de la pluma son muchos, pero pueden reducirse a dos. Uno, universal y eterno, que nace de la idiosincrasia psicológica, específica, del escritor y, en general, del artista; y otro, local y acaso pasajero, que proviene de las condiciones especiales en que se ha desenvuelto hasta ahora la literatura en España.

Tal vez sea posible dulcificar el primer motivo, pero no desarraigarlo del todo. Por rarísima excepción un artista estima a otro artista. A ello se opone la hipertrofia de la personalidad, que le hace verse a sí mismo con un cristal de aumento y a los demás con una lente reductora. Y esto no se debe siempre a la envidia, como piensan los artistas unos de otros. En todo caso, el concepto de envidia es demasiado simple para explicar este complejo psicológico. El problema es más intrincado y se relaciona con las contusas leyes y fuerzas misteriosas de la creación artística.

La personalidad verdaderamente creadora — excluyo la estéril o simplemente imitativa—no puede satisfacerse con plenitud en las creaciones ajenas. Con ser mucho lo que otros han cazado y expresado del espíritu humano, siempre le quedará al hombre original un mundo propio inédito al que él, y sólo él, podrá dar forma; una visión y una interpretación de la vida, sobre todo de su vida, que no hallará cabalmente en las visiones e interpretaciones de los demás creadores, las cuales le parecerán, por ley intrínseca de su individualidad, imperfectas y deleznables. Un artista no comprende a otro porque precisamente el volumen de su personalidad está en proporción con sus limitaciones intelectivas. Cuanto más se absorbe en su propio espíritu, menos puede transfundirse en el del prójimo.

El hombre de borrosa individualidad es el más apto para sumergirse en la creación ajena y apropiársela. Por esto quizá las razas en que el hombre medio tiene una individualidad menos definida, como la anglosajona y la germánica, son las más favorables para el creador original, que en ellas encuentra una vasta clientela ávida de que alguien exprese sentimientos e ideas infusas. Por esto también quizá las razas muy individualizadas, como la ibérica, en que cualquier pobre diablo se cree un dios, son poco propicias a los creadores; ante una obra de arte o de pensamiento, la mayoría entiende que lo haría mejor si se pusiera a ello y conociese los rudimentos de su técnica.

Pero esto acaso no sea sólo una cuestión biológica de razas, sino también un problema histórico de cultura. Al mismo tiempo que eleva el nivel mental del hombre, la cultura desarrolla su aptitud autocrítica, la limita, curándole de muchas presunciones y preparándole para comprender mejor, por propia experiencia, los valores de la creación intelectual. Al reducir el margen de individuación, al uniformar a los hombres, la cultura hace más posible, en cambio, el florecimiento y granazón de egregias personalidades, como podemos comprobar en el panorama contemporáneo, en que los creadores más celebrados en el mundo entero corresponden a los países de cultura media más alta, sin que eso signifique que la posteridad los juzgue los mejores.

LUIS ARAQUISTAIN

Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos

1

ITAN LAUREL Y OLIVER HARDY ROMPEN SIN GANAS 75 O 76 AUTOMOVILES Y LUEGO AFIRMAN QUE DE TODO TUVO LA CULPA UNA CASCARA DE PLATANO

Me sorprende que la ley seca haya decretado el arrendamiento por hora de casi todos los [guardias
porque yo quisiera saber quién inventó ese orgullo que le entra al chocolate cuando se acuerda [de la harina lacteada
y es que a mi me preocupa mucho el silencio y la astronomia
y la velocidad de un caballo parado
y la inmovilidad de los trenes expresos que predicen la futura muerte de los tranvías
mas es que tú viniste al mundo con un sombrero muy preocupado
siiiiii
yo me acuerdo regularmente de mi abuelita materna
cuando un cuervo destruía las torres
y tú de desayuno te comías 144 clavos + 18 tachuelas
y es que a ti te jubilaron de chófer porque ignorabas todas las ciudades de la izquierda
me parece que voy a tener que llorar
me parece que yo voy a tener que llorar porque esta madrugada una farola de gas asesinó mi [bicicleta
NOS PARECE QUE VAMOS A TENER QUE LLORAR
y mi alma científicamente preocupada sabe que la elaboración del cacao a vapor adelanta muy [poco con llorar
porque yo suelo llorar casi siempre 12 o 13 veces al día
y ahora resulta que le me han pasado las ganas de merendar
me parece que se nos han pasado las ganas de merendar
de llorar
de merendar
de llorar y merendar
o de merendar y llorar
NOS PARECE QUE YA NO VAMOS A TENER NUNCA GANAS DE LLORAR NI DE MERENDAR
y es que yo quisiera morirme porque estoy muy enamorado
y es que yo me enternezco muchísimo cuando veo un policía vestido de pajarito blanco
yo estoy muy enamorado y tú te enterneces muchísimo cuando ves un policía vestido de [pajarito blanco
y es que padeces el gravísimo error de confundir
la comisaría con una frutería cuando yo me quiero morir

dime tú seriamente si yo me quiero morir

2

NOTICIARIO DE UN COLEGIAL MELANCOLICO

NOMINATIVO: la nieve
GENITIVO: de la nieve
DATIVO: a o para la nieve
ACUSATIVO: a la nieve
VOCATIVO: ¡oh la nieve!
ABLATIVO: con la nieve
de la nieve
en la nieve
por la nieve
sin la nieve
sobre la nieve
tras la nieve

La luna tras la nieve

Y estos pronombres personales extraviados por el río
y esta conjugación tristísima perdida entre los árboles

BUSTER KEATON

3

CITA TRISTE DE CHARLOT

Mi corbata,
mis guantes,
mis guantes,
mi corbata.

La mariposa ignora la muerte de los sastres,
la derrota del mar por los escaparates.
Mi edad, señores, 900.000 años.
¡Oh!

Era yo un niño cuando los peces no nadaban,
cuando las ocas no decían misa
ni el caracol embestía al gato.
Juguemos al ratón y al gato, señorita.

Lo más triste, caballero, un reloj:
las 11, las 12, la 1, las 2.

A las tres en punto morirá un transeúnte.
Tú, luna, no te asustes,
tú, luna de los taxis retrasados,
luna de hollín de los bomberos.

La ciudad está ardiendo por el cielo,
un traje igual al mío se hastía por el campo.
Mi edad, de pronto, 25 años.

Es que nieva, que nieva
y mi cuerpo se vuelve choza de madera.
Yo te invito al descanso, viento.
Muy tarde es ya para cenar estrellas.
Pero podemos bailar, árbol perdido,
Un vals para los lobos,
para el sueño de la gallina sin las uñas del zorro.

Se me ha extraviado el bastón.
Es muy triste pensarlo solo por el mundo.
¡Mi bastón!

Mi sombrero,
mis puños,
mis guantes,
mis zapatos.

El hueso que más duele, amor mío, es el reloj:
las 11, las 12, la 1, las 2.

Las 3 en punto.
En la farmacia se evapora un cadáver desnudo.

RAFAEL ALBERTI

Oración tardía a la musa de Tomás Morales

A Enrique Díez-Canedo, poeta.

Cuando Tomás Morales se fué de nosotros—15 de agosto de 1921—, la oración de partida de sus contemporáneos fué más menguada de lo que el poeta merecía. El hueco de su partida quedaba cuadriculado de vacío, sin embargo. Algún eco de lamentación entre las actualidades de una revista, la palabra caliente de sus amigos, y en sus islas doradas, al arrimo de las frondas verdes y cantoras, un busto en bronce de Victorio Macho en un soleado jardín de Las Palmas.

Como en los carteles de ciego, mi puntero quisiera enseñar al círculo de agujeros curiosos los cuadros de carmín y de cal de su biografía. Pero no hace falta. Sobre esta curva de horizonte pasa, no muy remota, la secante de arena.

Canarias tuvo mucho tiempo en este poeta atlántico su cantor representativo, la personalización de toda la poesía insularia. Hoy, el Tiempo, remolcador de horas que borra en espuma los signos de los epitafios, parece ablandar en contornos de humo la arquitectura de su recuerdo. Escasa es en España la preocupación viva por el nombre de este jardinero de Hesperia; en el archipiélago de su origen, tentación de una nueva hazaña para Argos, sólo la devoción de algunos paisanos custodia la llama fraternal contra las heladas del olvido y la invasión jubilosa de un florecimiento lírico reciente, que ya extiende sobre el tapiz salado de las praderas azules la gallardía de su bandera joven.

Que las puertas cordiales y los párpados de las ventanas no se cierren nunca de cansancio, esperando el retorno del viajero, que ha de volver un día por el mismo camino del éxodo con los ojos arañados de visiones y las manos cargadas de sol.

Tomás Morales no conoció la estepa. Su verso noble y alargado tenía sangre salobre de moluscos, miel de abejas del Lacio y zumo agrio de naranjas maduradas con el algodón de la luna. Todo menos sequedad de nuestros campos de tierra roja, pezón nutricio de peñascales y robledos. Algunos años de juventud en Madrid, durante el tránsito universitario; efímeras jornadas, después, para la edición de sus poemas. Y todo el resto de su vivir, un cántico estremecido de oro y sol sobre los acantilados de sus costas, mientras el final delgado llegaba con un sigilo triangular de velas en lejanía.

Una mañana, el mar no sintió en su vientre la flecha rubia lanzada desde el semáforo. Ya no se apoyarían sus ojos nunca en la baranda innumerable de la contemplación. La tierra negra, en cuyos pechos húmedos beben equilibrio las palmeras, había corrido sobre su cristal todos los velos, encallando el cráneo donde danzaban los vientos en vacación, y puesto el ancla sin puntas en los pies inmóviles que conocían las cubiertas tiznadas, el polvo de mariposas de la arena y las bocas de alcohol y humo de las tabernas del puerto.

Quizá algún grumete, jineteando el mascarón, preguntará un día:

—¿Dónde estará aquel señor de los pasos lentos y la cara triste que todas las tardes se paraba a vernos en el muelle?

Y a la interrogación, estremecida de alas y presagios, sólo contestaría, entre un jadear de pipas indiferentes, el oleaje manso de las espaldas de los hombres de mar...

* * *

Díez-Canedo, que con palabra ponderada pone la primera capitular en el libro *Las rosas de Hércules*, al encontrar semejanza entre la lira del infortunado Tomás y la de Catulo, Ovidio y los tardíos Ausonio y Claudiano, emparenta también su manera con la de Fernando Fortún. Cierto. Pero esto es sólo en los versos de la primera juventud, cuando en el fondo de la copa lírica los poetas alborotaban los posos—ópalo de lejanías—de un romanticismo de viñeta que se nutre en la evocación del camino pretérito, en el silencio archivado de las pesadas cortinas, en los amarillentos marfiles de los clavicordios en mudez... Ese verso de mirada atrás, paso quedo y ojos caminantes, fué el tono mayor de la inspiración, mística a ratos, de Fortún, cuyo libro, que la amistad fraguó, tiene nuestras veneraciones y nuestra guarda merced a la gentileza de Cipriano Chivas Cherif.

Tardes de lluvia en el colegio, paisajes innúmeros en las paredes encaladas, el cigarro interminable y el humo prisionero que embiste recto a la ventana y quiebra sus cuernos espirales en el cristal turbio de invierno...

El mar, todo el mar, el azul único, despierta de esta modalidad a Tomás Morales, y en su lomo húmedo le marca el camino que ha de recorrer ya toda la vida. Lejanas quedan las rimas emocionadas de la mocedad, las estampas idílicas de una niñez cargada de prematura melancolía, agobio florido de rosal en primavera. Se le deshoja, hecha sangre y sanción, la rosa de los vientos oceánicos en el pulmón robusto; en las paredes de su cráneo nacen, alumbrando el canto, nácares de caracol. Y el poeta, que ha estado rayando de rutas su alma sideral, cierra la ventana a la contemplación silenciosa, mientras el farol errante de la Luna llena deslumbra a las alondras dormidas en el campo de los atardeceres.

Entonces abre su pupila el puerto. El espectáculo del vidrio rizado por cuádrigas mitológicas, sus islas maravillosas en vuelo inmóvil entre dos cielos, las auroras bajo impermeables de niebla, el molino salado del faro haciendo harina de espumas el granero abisal... Las esponjas palpitantes, que arrastró en el agua la red morena de los pescadores, vierten su chorreo en los labios anchos de los alejandrinos. La voz generosa se hincha en el cántico, y la palabra antigua despierta en su acento la sonoridad de los mitos augurales, cuando el mundo niño estremecía su infancia de gestas sobre las espaldas de Atlante.

Las blancas goletas genovesas traen al viento de Canarias triángulos de cielo latino; los marinos de los fiordos dejan en las estrofas de Tomás Morales frialdad de mares escandinavos; por su canción pasan, en teoría de horizontes, todos los puertos—Lisboa, Cádiz, Singapooere...—, y en los sonetos, que tienen hombros de patrón normando, deja escrito sobre salitre el poema del mar con palabras que son, en sus manos, fuelle, martillo y yunque de herrería.

¡Ay, nieve del Teide! ¡Ojos de la niña que tiene un amor marinero y va por las tardes al acantilado para verle volver! ¡Calurosa paz de Agaete bajo el cielo moruno de Canarias! Cuando Tomás vuelve con las rosas, ahí estaréis, tan blancos y tan ardientes con la luna nueva.

Se anunciaba otra cuerda todavía. Era preciso tensarla con hierro de grúas, y la cadena no resistió. Cuando el nuevo son maduraba, he aquí que el arpa corta con tijeras invisibles la reja del cordaje, y la canción del hijo de las islas queda inconclusa. Desnuda, interrogante. El ala de las gaviotas entoldará, de fijo, su romería por los collados del silencio.

FERNANDO HERNÁNDEZ ESPOSITÉ

JUAN GIL ALBERT

El joven escritor levantino acaba de publicar

"COMO PUDIERON SER"

(Galerías del Museo del Prado)

Nadie, hasta ahora, ha comentado los famosos lienzos del Museo con una gracia tan evocadora y tan irónica.

Libro esencialmente expresionista y lleno de luces. En «La Enana del Carreño», la corte de Carlos II está plasmada prodigiosamente.

Exclusiva de venta: SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERIA

PERIÓDICO

La isla busca la ausencia de sí misma. Y más allá del jarrón blanco hay una niña que entre los dedos lleva un atlas de Geografía; distraída, sin notar que un aire blanco, lánguido, pasa las láminas o juega por los océanos de los cinco continentes.

* * *

Las duras ordenaciones de la abstracción estructuran siempre las exuberancias de Guillaume Apollinaire. Tanto es esto, que cuando Henri Rousseau pintó *El poeta Apollinaire y su Musa*, hubo de conciliar las disipaciones, las monstruosidades y las procacidades de un cuerpo con una veste ordenada en pliegues simétricos, esto es, el cuerpo y la veste de la musa de Guillaume Apollinaire.

* * *

La exacta inocencia de un jazmín y un huevo reunidos.

* * *

Un retrato de Maruja Mallo, siguiendo sus procedimientos y un juego verbal de Stephen Dédalus: Maruja Mallo, y Naruja Nallo, y Oaruja Oallo, y Paruja Pallo, y Raruja Rallo, y Saruja Sallo, y Taruja Tallo, y Varuja Vallo, y Xaruja Xallo, y... etc.

* * *

La más antigua alcantarilla y las tinieblas más profundas. Entra un ángel. Lívido y terriblemente inocente. Sobre su espalda lleva una luz débil y blanca, espeluznante.

* * *

Este viajero de sombrero de Panamá, Valery Larbaud, espera que las muchachas tirolesas o normandas cambien sus trajes inverosímiles por los sencillos trajes cotidianos y generalizados.

* * *

La campesina, después de estrechar la mano grande del campesino en la puerta de la tienda, se perdió en las sombras de la calleja donde están las tres palmeras delgadas, dejando una huella mareada en la que intervenía una mariposa de papel de estaño muerta y desplegada sobre un albo encaje flotante.

* * *

La luz de las tres de la tarde. Marie Laurencia, dormida, cuave hasta las piernas estrechas y los zapatos agudos. Tendida. La mano derecha perdida entre los cabellos que caen sobre el rostro, del mismo modo que roza y cae la verdura de un sauce sobre una pared blanca.

* * *

La calle. Entre los reflejos del pavimento, cuatro piernas de muchachas. Dos de estas piernas estiran su empaque de calidad de pomada para los cabellos hasta una lejana tienda de gramófonos, donde un caballero—¿no tiene cuello de pajarita?, ¿no tiene la indolencia de un fumador tendido en una hamaca?—está tendido entre los bucles y los rizos flotantes de todos los tenores de Europa. En tanto, las otras dos piernas parecen sumidas en las alburas de un escondido pensamiento llevado por un colegial vestido de marinero y paseante de tres calles muy ruidosas de trescientos turistas ingleses con cabezas de pájaros.

La prosa de Jean Giraudoux, *espèce de divagation poétique*, es una línea recta, abstracta, perdida, bastante perdida, entre un ornamento de sinuosidades delgadas, sensuales y numerosas: delicadas imágenes, burlescos escorzos y maravillosas asociaciones de rosas blancas, lívidas, cortadas en los negros estanques de la subconsciencia.

* * *

Hay una isla al noroeste de Africa. Las sirenas, humilladas, cantando a Ulises—"Oh, ilustre Ulises, alta gloria..."—en un litoral lívido. Y Lucinda, niña ciclista de trece años, sola y tendida en el mediodía de una tibia sombra de un panorama de palmeras; y sobre los bucles de Lucinda, el ángel de la Guarda pulsaldo las cuerdas de un arpa dulcemente enarcada desde el pie hasta el peinado.

JUAN MANUEL TRUJILLO

Isla de Tenerife.

La cuestión de las minorías nacionales

POR

JUAN ESTELRICH

(Conclusión)

Las estipulaciones aseguran: a los primeros, plena y completa protección de la vida y libertad, y especialmente de la libertad religiosa; a los segundos, igualdad ante la ley y uso de los mismos derechos civiles y políticos; y a las minorías de raza, de religión y de lengua, el respeto por parte del Estado, no sólo de los derechos de hombres y ciudadanos, sino también de sus diversas particularidades.

La clásusulas de protección constan, o bien en los tratados de paz, o bien en los acuerdos aparte.

En cuatro de estos acuerdos figuran también los Estados Unidos de América.

Entre los Estados a los cuales se aplican están los antiguos adversarios de los aliados (Austria, Hungría, Bulgaria, Turquía) o los países nuevos o acrecidos (Yugoeslavia, Checoeslovaquia, Polonia, Grecia, Rumania, Armenia).

Todas las estipulaciones fueron colocadas bajo la garantía de la Sociedad de Naciones.

Los países interesados se comprometieron a reconocer las cláusulas.

a) Como a leyes fundamentales del Estado.

b) Como a obligaciones de interés internacional.

Por tanto, a partir de 1919 a 1920, tenemos un derecho positivo de los grupos nacionales. Su contenido puede definirse, desde un punto de vista formal, como un *cierto minimum jurídico*, prescrito a ciertos Gobiernos en las relaciones con los habitantes, ciudadanos y minorías de los Estados respectivos.

La protección ha presentado después, por virtud de las leyes internas de ciertos Estados, un carácter doble; puede resultar, como acabamos de ver, de los tratados, y ser garantizada por las potencias extranjeras; pero puede ser concedida espontáneamente por la legislación del país y, por consiguiente, hallarse garantizada por el Estado.

Resumamos, pues, cuáles son los Estados formalmente obligados a respetar el derecho de las minorías:

A) En virtud de tratados especiales que constituyen nuevas fronteras o nuevos Estados: Polonia, Yugoeslavia, Checoeslovaquia, Rumania, Grecia.

B) En virtud de los capítulos especiales incluidos en los tratados de paz: Austria, Bulgaria, Hungría y Turquía.

C) En virtud de condiciones puestas por la Sociedad de Naciones para admitirlas: Albania, Estonia, Finlandia, Letonia, Lituania.

D) En virtud de acuerdos especiales: Alemania y Polonia por el Alta Silesia; Lituania por el territorio de Memel.

Como reglas especiales a los ciudadanos, y sobre todo a los grupos nacionales, este derecho representa una limitación de la soberanía absoluta del Estado; como prescripciones en favor de extranjeros, pertenecen al derecho internacional. En conjunto, podemos calificarlas de derecho humano.

Cierto es—observa Mandelstan, a quien resumimos—que es un derecho: *a*) Creado por un grupo determinado de potencias; *b*) Impuesto a otro grupo determinado de potencias; pero *c*) Ese derecho está bajo la garantía de la Sociedad de Naciones; y *d*) Tiene por objeto la protección de ciertos derechos del hombre y—añadimos—de ciertos derechos de la nacionalidad.

Se trata, pues, de un derecho humano y, por así decirlo, de aplicación regional. Hasta ahora el sistema de protección de minorías por la Sociedad de Naciones tiene un carácter de cesión, a pesar de los consejos no obligatorios hacia la generación.

Ahora bien: este derecho, por los principios de que se deriva, tiende manifiestamente hacia la universidad. O no se consolidará o hay que perfeccionarlo y aplicarlo al menos a toda Europa. Este es el problema.

Todo lo hecho sería inútil si las reglas no fuesen susceptibles de perfección y si los obstáculos y dificultades hiciesen la generalización imposible. Por eso todos los trabajos de quienes se preocupan de esa cuestión (políticos, juristas, asociaciones pacifistas y los mismos interesados) buscan el perfeccionamiento y la generalización.

Observemos, pues, para cerrar esta introducción: en el derecho de gentes, tenemos una nueva persona jurídica, la "minoría nacional". En derecho internacional, la soberanía absoluta del Estado ya no es de hecho y de derecho, sino una soberanía limitada por el derecho colectivo de los grupos nacionales. La protección de las minorías ya no se reduce, como en el viejo sistema de "capitulaciones", a los derechos confesionales; se extiende a los derechos nacionales, a los derechos sociales y, especialmente, a lo de la propia lengua y cultura.

"Este es—dice Lapradelle—el problema más grave de todos los problemas políticos engendrados por la gran guerra, de esos que se inscriben en el orden del día de la historia como una de las más delicadas cuestiones del más próximo porvenir."

Políticamente, la protección de las [illegible] una cosa absolutamente nueva. Los tratadistas hacen remontar su origen al antiguo derecho de hospitalidad, al sistema de las capitulaciones en los países orientales y a los esfuerzos por asegurar la libertad de conciencia en los países europeos.

Sobre todo, las minorías religiosas tienen larga historia en el derecho internacional: así, todos los acuerdos internacionales que a partir de la Reforma han tenido por objeto la libertad confesional.

Durante la revolución francesa, el principio de soberanía absoluta de los Estados es atacado fuertemente tanto por los partidarios del nuevo orden, como por los del orden pasado. Si la Convención anuncia la ayuda a todos los que se sublevan, la Santa Alianza afirma el principio de intervención en nombre de la legitimidad.

El Congreso de Viena reconoce el derecho de la vida de la nación polaca, porque no se cree posible que pueda prevalecer una política de asimilación violenta.

El rey de Cerdaña, al ceder a la república protestante de Ginebra algunas parroquias católicas, toma precauciones muy estrictas para asegurar a esos católicos la libertad del culto y de sus derechos políticos; hasta se reserva una especie de derecho de intervención en el caso de que los ginebrinos no respetaran los compromisos contraídos.

El Congreso de Berlín, de 1878, estipula—fecha memorable—que todos los países que quieran entrar en la familia europea habían de reconocer previamente los principios sobre los cuales se fundamenta la organización social de Europa.

Los tratados de minorías vienen de este modo a ser también una consagración de la protección internacional del hombre.

Los juristas dedican muchas páginas a estos antecedentes. Fouques Duparc y Mandelstam dedicaron a este tema la tercera parte de su libro y su curso, respectivamente. Eso podría inducir a error sobre los progresos doctrinales. De seguro, los casos de protección de los derechos del hombre en los países cristianos, y los de intervención de humanidad, son, en cierto modo, antecedentes prácticos de la cuestión. Obedecen, sin embargo, a una corriente de ideas distintas de la que determinó concretamente ahora el derecho de las minorías nacionales, que es el principio de las nacionalidades.

Es muy interesante también, como antecedente, la historia de intervención de Humanidad en Turquía. Las grandes potencias, partiendo de la protección puramente religiosa, llegan a la de derechos de nacionalidades y a los derechos del hombre. Ante el Estado oriental despótico asumen actitudes para hacer triunfar la justicia y la libertad.

Que esta intervención de las potencias fuese desinteresada, ya es otra cuestión. Pero, de hecho, se basaba en la realidad de un violento régimen de explotación, de turquificación, de destrucción de los elementos alógenos. Comienza por la acción aislada de [illegible] en las postrimerías del [illegible] pués un carácter colectivo. Comienza con la propuesta de *reformas* locales y acaba, por la obstinación en no ejecutarlas y la persistencia en las atrocidades, por la autonomía y las reparaciones completas y el desmembramiento progresivo de Turquía.

Otros casos de intervención pueden señalarse fuera de los Balkanes; no sólo a los turcos había de imponerse el respeto al derecho humano. Cierto que este respeto ha sido diferentemente interpretado según las latitudes y las épocas. Los Estados Unidos, con perfidia o sin perfidia, motivan con razones semejantes su intervención en Cuba.

Quizás más que esta práctica en la justificación doctrinal de los derechos de minorías como a antagónicas de la soberanía absoluta del Estado, han influído las nuevas corrientes la teoría del derecho internacional. En los autores antiguos, ahora de moda, los precursores de Grotius, Victoria, Suárez, Ayala, que son honor de la ciencia jurídica española, la soberanía no implicaba la ausencia de un derecho de gentes.

Es precisamente en el siglo XIV cuando la doctrina de la soberanía absoluta comienza a reinar, en la filosofía y en la práctica.

El principio de las nacionalidades, que dió origen a grandes Estados, interpretado con criterio histórico e imperialista, contribuye paradójicamente a la afirmación de la soberanía absoluta. Parece ser que uno de los derechos primeros de la nación, representada por un Estado (una Nación o un Estado), sea la consolidación de la unidad moral, por todos los medios, hasta por una presión más o menos violenta. Así, el principio de la nacionalidades, interpretado con criterio estadista, serviría prácticamente para justificar la desnacionalización de las minorías.

Algunos nacionalistas, en nombre de nacionalidades de unidad moral y del principio de la soberanía absoluta, no reconocen el derecho de las minorías.

Pero el siglo XX, sobre todo después de la gran guerra, trae una fuerte reacción contra este dogma. Se decantan claramente los derechos de nación y los del Estado. La finalidad del derecho es permitir el más completo desenvolvimiento de la vida personal de los miembros de la comunidad.

Por otra parte, el principio de soberanía se subordina a la comunidad internacional. Triunfa el principio de la intervención humanitaria sobre el dogma rígido de la no intervención. El derecho de intervención representa la primacía del derecho humano y del derecho internacional sobre el derecho estatal.

Sería injusto, finalmente, no reconocer, al lado de estas corrientes, la gran influencia de otros factores y, en primer lugar, del socialismo. La primera Internacional proclamaba ya el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Prácticamente, la influencia socialista se deja sentir profundamente a partir de las postrimerías del XIX, sobre todo en Europa central. Esta influencia pre[illegible] opinión obrera, incorporada [illegible] política—ved la historia del partido socialista en Austria—la adhesión al principio de las nacionalidades en su interpretación liberal.

Esta acción de los partidos socialistas se intensificó durante la guerra.

Los socialistas de los países aliados se pronuncian, en general, por la creación de los Estados nacionales independientes. También lo reconocen, aun en principio, los socialistas minoritarios alemanes. Los austriacos preconizan la autonomía de las minorías. Y la Internacional reformada en Berna, el año 1917, no sólo proclama los derechos de los pueblos, sino que sostiene el principio de "la protección de las nacionalidades, aun de las mayoridades de las minorías, asegurada por un mínimo de derechos determinados y garantizados en su aplicación por la Sociedad de Naciones." Como vemos, los socialistas, ya en el año 1927, habían llegado a una fórmula feliz.

A la acción de los partidos socialistas sobre la opinión durante la guerra, es necesario unir la acción semejante de las organizaciones pacifistas.

Preveyendo los desmembramientos, fraccionamientos y creación de Estados nuevos, ya en 1915 algunas de estas organizaciones se preocupaban de la cuestión de las minorías, y la organizacón central de La Haya elaboraba el proyecto de un tratado internacional relativo a los "derechos de minorías nacionales", discutidos el año 1917 en Copenhague.

En fin, como a organizaciones internacionales, los judíos, sobre todo los sionistas, han contribuído con su extraordinaria influencia a propagar el principio de las "minorías"; en 1919, las delegaciones judías presentaron a los delegados de la Conferencia de la Paz un Tratado general para la protección de las "diversas minorías nacionales, religiosas, étnicas y lingüísticas".

Dejemos aparte, de propósito, la acción durante la guerra de los agrupamientos nacionales particularmente interesados; hemos querido limitarnos a las organizaciones internacionales que actúan sobre la opinión pública en general.

Importa, sobre todo, considerar la actitud de los Gobiernos representativos de los pueblos beligerantes. Todos pueden recordar que los aliados reconocieron los derechos de las nacionalidades en muchas de sus notas y en muchas de las declaraciones hechas por sus principales hombres de Estado.

La nota del 30 de diciembre de 1916 a los enemigos, dice que "no hay paz posible en tanto que no se asegure... el reconocimiento del principio de nacionalidades". La del 10 de enero de 1917, al presidente Wilson, declara que la reorganización de Europa ha de ser garantizada tanto en cuanto se refiere al respeto de las nacionalidades, como al de convenciones territoriales y arreglos internacionales.

Después de la revolución, el Gobierno provisorio ruso reconoce igualmente los derechos de los pueblos.

Concretamente, los aliados reconocen, durante la guerra, a la nación polaca y a la checoeslovaca.

Sobre todo, las declaraciones de Wilson se convierten a término de la guerra en la expresión oficial de esta doctrina. América—dice—combate "por la liberación de los pueblos, sean los que sean, de las agresiones de la fuerza autocrática".

Desgraciadamente, Wilson no mantuvo el carácter absoluto de su principio de libre disposición. Su doctrina reconoce, en principio, la necesidad de satisfacer las aspiraciones nacionales; pero se reserva el examen de "la justicia esencial de cada caso particular" y subordina aquellas aspiraciones al interés superior de la paz mundial. Para oponerse a las reivindicaciones de las minorías, Briand, en 1928, en la Asamblea de Ginebra, se fundó en este interés superior.

En su primer proyecto de pacto, Wilson previó un artículo suplementario, consagrado especialmente a las minorías, que es muy poco conocido. Decía así: "La Sociedad de Naciones exigirá de todos los Estados nuevos, como previa condición de su reconocimiento como a Estados independientes o autónomos, de comprometerse a conceder exactamente a todas las minorías de raza o nacionalidad, en sus jurisdicciones respectivas, los mismos trato y seguridad que conceden a las mayorías de raza o de nacionalidad de su pueblo." El presidente también tuvo que renunciar a citar concretamente cambios territoriales basados en el principio de autodeterminación.

El derecho de minorías quedó incluído en el artículo 21 de la primera redacción, que decía, atenuando el proyecto anterior:

"Las altas partes contratantes están acordes al declarar que no se pondrá ninguna traba al libre ejercicio de toda creencia, religión u opinión cuya práctica no sea inconciliable con el orden público y las buenas costumbres, y que, en sus jurisdicciones respectivas, no se molestará a nadie en su vida, en su libertad o adhesión a una creencia o una religión determinadas."

Pero también este artículo hubo de abandonarse, y así el derecho de las nacionalidades no figuró en el Pacto. Todas las grandes potencias tenían cuestiones de esta misma índole y no quisieron subordinar su solución a discusiones generales de principio.

Si la doctrina wilsoniana hubiese prevalecido, hoy la cuestión de minorías presentaría otro aspecto. Muchos conflictos no existirían, si bien otros serían más agudos, más culminantes. En cambio, no se hubieran producido algunas desesperanzas. Pueblos que no pudieron ser escuchados, acaso tendrían hoy una vía jurídica internacional que no poseen, con grave peligro para los Estados de que depende y para la paz general.

Precisamente hoy, la inclusión del Pacto es una de las primeras reivindicaciones del movimiento general por las nacionalidades.

Editoriales españolas

Espasa-Calpe, S. A.

Don Manuel Olarra Garmendía, ese joven inteligente, de moderna y amplia cultura, dinámico y emprendedor, que regenta actualmente esta Editorial como apoderado, se ha prestado, amable y cordialísimo, a contestar nuestras preguntas y facilitarnos los datos que reseñamos a continuación.

FUNDACIÓN DE CALPE.—OCHO AÑOS DE LABOR. FUSIÓN CON ESPASA.—LOS HOMBRES DE ESTA EMPRESA

—¿En qué fecha se fundó esta Editorial? —he preguntado al señor Olarra—. Y rápido me contesta:

—Son dos fechas las que hay que indicar. En 1918, que la producción de libros en España se desenvolvía lánguida y desordenadamente, la Papelera Española tuvo el rasgo generoso de fundar la Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones Calpe. Durante ocho años esta Editorial organizó y encauzó la producción de libros, realizando una verdadera revolución en los procedimientos de venta, difusión y propaganda. A principios de 1926 se verificó la fusión con la prestigiosa Editorial barcelonesa Hijos de J. Espasa, formándose entonces la Espasa-Calpe, S. A.

—¿Quiénes eran los directores de estas Empresas?

—Entre los que fundaron Calpe figuraban hombres de tanto prestigio como el excelentísimo señor conde de Aresti, don Nicolás M. Urgoiti, fundador de la Papelera; don José Ortega y Gasset, don César Silió, don S. Huici y el excelentísimo señor marqués de San Félix. Y al fusionarse con Espasa entraron a formar parte del Comité directivo don José y don Juan Espasa, quedando representada la nueva Sociedad por un capital de diez y seis millones de pesetas.

Pensamos por nuestra cuenta en el acierto de esta fusión. Antigua la Edito-

Fachada del edificio ESPASA-CALPE, S. A., en Madrid, calle de Ríos Rosas, núm. 24, en el que se hallan instalados sus oficinas, talleres y almacenes.

rial Espasa y muy conocida en todo el mundo, principalmente por su admirable Enciclopedia, representaba la tradición secular, el prestigio de la industria editorial española. Y joven la Calpe, dotada de modernísima organización, de magníficos y amplios talleres y de una red de corresponsales en España y América que le permitían llevar sus libros a los más apartados rincones del mundo, encarnaba el espíritu moderno, valiente, impetuoso, que ha de tener hoy cualquier empresa que quiera triunfar. De la unión de ambos factores—que en sus diferencias se complementaban—había que esperar mucho en favor de la prosperidad, difusión y prestigio del libro español. Y ahora veremos el resultado, que el señor Olarra nos relata amable y paciente.

PRODUCCIÓN DE ESPASA-CALPE, S. A.—QUIÉNES LA ORIENTAN. — QUIÉNES LA DIRIGEN

—¿Me puede usted decir cuál es la producción anual de esta Editorial y qué ramas abarca? Ante mi pregunta, las manos de Olarra se agitan en un expresivo ademán de inmensidad:

—¡No es posible!—me dice—; varía mucho, según las circunstancias. Pero puedo asegurarle que lo abarca todo. Desde el primer momento, Espasa-Calpe articuló su plan de forma que puede ofrecer libros—buenos libros—a todo el mundo. Cada persona, según su profesión, aficiones y cultura, tiene "su" libro editado por nosotros.

—¿Quiénes encauzan y orientan espiritualmente su producción?

—Personas del más sólido y sano prestigio. Apunte usted: Odón de Buen, Carracido, Dantín Cereceda, García Morente, Hoyos Sáinz, Mélida, Menéndez Pidal, Ortega Gasset, Ramón y Cajal, Terradas, Tormo, Vázquez Mella, etcétera (¡perdón por las omisiones!). Una legión gloriosa de nombres ilustres en todas las ramas del saber, que lo mismo orientan los planes editoriales que dirigen las colecciones y bibliotecas a cada uno encomendadas.

—¿Cuál ha sido el mayor éxito de la Editorial? —he preguntado a Olarra; siendo rápida y segura su respuesta:

—La "Colección Universal", dirigida por el profesor García Morente, que pone al alcance de todos, por su economía, las obras maestras de la literatura clásica y moderna de todos los países. La selección de obras para esta colección, la revisión de textos, las traducciones de idiomas extranjeros han hecho movilizar un personal numerosísimo. Como traductores, entre otros, figuran: Azcárate, Baeza, Bello, Díez-Canedo, Lorenzo, Marín, Marquina (R.), Ortega Gasset, Rivas Cherif, Zulueta, etc. Esta colección abarca todo: novela, teatro, poesía, historia, viajes, ensayos, etc. Actualmente se han publicado 1.100 números, y todos los meses se lanzan cinco números nuevos. En ella están publicados todo el teatro de Shakespeare, las obras de Cervantes, novelistas rusos, clásicos castellanos, literatura hispanoamericana.

SECCIONES Y COLECCIONES. — MOSAICO DE NOMBRES ILUSTRES Y OBRAS ADMIRABLES

—¿Sostienen ustedes muchas colecciones?

—Toda nuestra producción está dividida en Secciones, y cada una abarca varias colecciones. Y también hay colecciones aisladas. Pero lo que no existe es el libro aislado. Es el sistema moderno

Vista exterior de la gran instalación de la "Casa del Libro".

y el más conveniente, no sólo para el editor, sino para el público mismo, que puede orientarse más fácilmente.

—¿Quiere decirme los títulos de algunas y los nombres de sus directores?

—¡Con mucho gusto! Vaya tomando nota:

"Colección Contemporánea", fundada por Luis Bello: ha recogido las obras maestras de la nueva literatura mundial: Proust, Unamuno, Mann, Urabeyen, Noel, Giraudoux, Hardy, etc. Autores americanos: Barrios, Cancela, Quiroga, Lynch, Torres Bodet, etc. La colección "Los Humoristas", con obras de Camba, Gómez de la Serna, Heltai, Bennet, etcétera. La de "Los Poetas", con libros de Unamuno, Texeira de Pascoes, etcétera.

La Sección de "Geografía y Viajes", dirigida por el ilustre catedrático señor Dantín Cereceda, en la que se ha publicado la célebre colección de "Los grandes viajes clásicos", en donde se incluyen todos los relatos de la conquista y exploración de América. "Los grandes viajes modernos", obras de gran lujo. La monumental nueva *Geografía Universal*, de E. Granger, J. Dantín Cereceda y J. Izquierdo Croselles. *Geografía moderna*, de J. Dantín Cereceda, en la que se han publicado *Eurasia*, *América y Antártica*. La *Guía de Levante* (provincias murcianas y valencianas), por Elías Tormo y J. Dantín Cereceda.

La Sección "Pedagógica", iniciada por don Lorenzo de Luzuriaga, ha publicado los conocidísimos "Libros de la Naturaleza", "Libros de Invenciones e Industrias". Obras de J. E. Fabre. *Maravillas de la vida de los insectos*, de E. Step; etc.

La Sección de "Medicina" tiene una importancia capital, y las obras publicadas son escogidas por un Comité presidido por Ramón y Cajal, y formando parte del mismo Madinaveitia, Goyanes, Lafora y Pittaluga. Se han publicado obras notabilísimas de Urrutia, García del Diestro, Sáiz de Aja, Turró Suñer, etcétera. Divídese la producción en monografías, manuales y tratados. Actualmente se ha iniciado la publicación de la serie *Nuevo tratado de Medicina y Terapéutica*, que dirigen A. Gilbert y P. Carnot, y están en prensa obras modernas importantísimas.

Las obras de "Ingeniería", "Química" y "Electricidad" están bajo la competente dirección del ilustre doctor Esteban Terradas. Dentro de esta Sección se publican bibliotecas de "Química", "Topografía y Construcción", "Manuales", "Grandes tratados" y "Biblioteca contemporánea de Ciencias". Una de las publicaciones más notables, el *Manual del ingeniero constructor y del arquitecto*, de Max Foerster, cuyo tomo segundo aparecerá en breve.

Importantísimas en España y en América son las obras consagradas a la Agricultura y Ganadería; esta Sección de Espasa-Calpe está dirigida por don Luis Hoyos Sáinz. Ofrece tres tipos diversos: "Los catecismos del agricultor y del ganadero", "Biblioteca agrícola española", que comprende "Tratados especiales y tratados generales".

Tenemos también, y le prestamos gran atención, una Sección de libros de Arte recientemente iniciada, en la que destacan *La historia de la pintura española*, de A. Mayer; *Grabados y litografías de Goya*, de Emilio H. del Villar; *El Greco en España*, libro interesantísimo, de nuevos aportes al estudio del gran pintor y su obra; *La España de Felipe II y Felipe III*, la *Influencia de Toledo*, *La cuestión del astigmatismo e influencias as-*

Huici, *Los marfiles de San Millán de la Cogolla*; Juan de la Encina, *Goya en zig-zag*, y *Crítica al margen*, etc.

—¿Estas son todas sus colecciones? —pregunto a Olarra ante un silencio breve que interpreto como punto final.

—¡Ca!—me responde con una sonrisa—; queda mucho. Le diré solamente los títulos de las Secciones para ser más breve: "El abogado popular", "Actualidades científicas y políticas", "Libros de aventuras", "Biblioteca B l a n c a", "Breviario de Ciencias y Letras", "Obras comerciales", "Cuentos para niños", "Deportes", "Obras de Derecho", "Derecho Internacional", "Enciclopedia moderna catalana", "Biblioteca del electricista práctico", "España", "Esperanto: Manuales Gallach", "Biblioteca militar", "Obras históricas", "Obras religiosas", "Obras morales y recreativas", "Obras de José Ortega y Gasset", "Tradiciones peruanas" y "Viajes aéreos".

LA OBRA CUMBRE DE LA EDITORIAL. — MÁS ALLÁ DE LA IMAGINACIÓN. — PROYECTOS DE LABOR FUTURA

—¿Qué obra, de las editadas por ustedes, es la que les tiene más satisfechos?

—Aparte el orgullo de habernos honrado al encargarnos la Real Academia de la Lengua de editar la XV edición del *Diccionario de la Lengua Española* y la primera edición del *Diccionario manual e ilustrado de la Lengua Española*, nuestra obra cumbre es la famosa *Enciclopedia Espasa*, cuyas características son verdaderamente fantásticas.

—¿Puedo apuntar?

—Sí, apunte usted: 155 millones de palabras, ocho millones de voces, 150.000 ilustraciones en negro y colores, millón y medio de informaciones bibliográficas, 30.000 biografías que no figuran en otras enciclopedias.

(No puedo evitar el preguntarme qué distancia medirían esos millones de palabras puestas una detrás de otra, y cuánto tiempo tardarían en pronunciarse, y qué "entretenido" sería mezclarlas todas y volverlas a ordenar.)

—Muy en breve se publicará el tomo 67—sigue diciéndome Olarra—, y quedará completa antes de seis meses con el tomo 70, que será el último.

—¿Qué labor preparan ustedes para el futuro?

—Continuar la que con tanto entusiasmo llevamos emprendida. Laborar siempre con todo nuestro esfuerzo para enriquecer con nuevas obras la bibliografía hispana.

—¿Obras que tienen entre manos actualmente?

—Hay dos, monumentales, dirigidas por don Ramón Menéndez Pidal: la *Historia de España*, que constará de 17 tomos, en la que colaboran los más documentados historiadores españoles, y la *Historia de la Literatura Española*, de 11 tomos, escrita por las firmas más prestigiosas de España.

Además, estamos haciendo las siguientes:

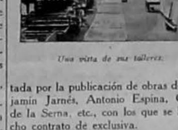
Historia del Arte, en 20 volúmenes y dirección de Pijoán y Cossío.

De Augusto L. Mayer se preparan *El estilo gótico en España*, *El estilo románico en España* y otros libros de arte, dirigidos por este crítico.

Nueva edición de la *Historia de la Arquitectura cristiana española en la Edad Media*, de Vicente Lampérez.

El Santuario de San Miguel de Excelsis, por S. Huici. Edición a todo lujo, con documentados estudios sobre la cerámica en España.

La literatura moderna está represen-



Una vista de sus talleres.

tada por la publicación de obras de Benjamín Jarnés, Antonio Espina, Gómez de la Serna, etc., con los que se ha hecho contrato de exclusiva.

T a m b i é n continuaremos agregando obras a *Ideas del siglo XX*, dirigida por el ilustre don José Ortega y Gasset, entre las que se encuentra la célebre *Decadencia de Occidente*, de Spengler.

Obras del conde de Keyserling, el filósofo cuyos libros son hoy la actualidad más palpitante.

Del conde de Keyserling se publicarán inmediatamente la *Filosofía del conde de Keyserling*, dos tomos: I. *Conocimiento creador*; II. *Renacimiento*.

Las luchas fratricidas de España, por A. Danvila. Serie de novelas históricas de enorme popularidad.

En la colección de "Vidas de españoles del siglo XIX", donde se han publicado con gran éxito *El general Serrano*, por el marqués de Villaurrutia, y *Sor Patrocinio*, por Benjamín Jarnés. Seguirán: *Olózaga*, por M. Núñez Arenas; *Luis Candelas*, por Antonio Espina; *El duque de Osuna*, por Antonio Marichalar; *Narváez*, por Melchor Fernández Almagro; *El general Prim*, por Ángel Sánchez Ribero; *Antonio Maura*, por Ángel Os-
téticas, *Victorio Macho: monografía*;
sorio y Gallardo; *El Empecinado*, por

Juan de la Encina; *José de Salamanca*, por Manuel Abril; *Jacinto Verdaguer*, por Tomás Garcés; *Mina el mozo*, por Martín Luis Guzmán; *Sanz del Río*, por Fernando de los Ríos; *Teresa Mancha*, por Rosa Chacel; *Eugenio Avinareta*, por Pío Baroja.

Seguirán otros volúmenes de Marañón, "Azorín", etc.

Bajo los auspicios del Patronato Nacional de Turismo se inicia la publicación de *Guías provinciales de España*, redactadas en inglés, francés, alemán y español; ilustradas en huecograbado.

Obras completas de don José Ortega y Gasset, en un solo tomo.

Edición de lujo de *La gloria de don Ramiro*, de Larreta.

Obras completas, de R. Güiraldez.

Análogo al deslumbrador tomo *España*, se iniciará muy en breve otra serie de publicaciones idénticas en lujo y riqueza. Se empezará con el volumen *Uruguay*, al que seguirán el de *Argentina*, *Chile*, etc.

Se continuarán las bibliotecas de libros de la Naturaleza.

En la "Colección Contemporánea" se publicarán las obras completas de Proust, etcétera, se reanudará la continuación de otras bibliotecas, vista la gran aceptación y venta, cada vez más intensa, que alcanzan estas ediciones.

ORGANIZACIÓN DE "ESPASA-CALPE, S. A.".—SUCURSALES Y LIBRERÍAS.—PUNTO FINAL.

—¿Qué edificios tienen ustedes?

—Hay varios. Este de Ríos Rosas, 24, en donde están los talleres de imprenta, encuadernación, fotograbado, almacenes, oficinas, etc.

La gran librería, amplia y moderna, de Pi y Margall, 9, conocida por "La Casa del Libro".

Delegaciones en Barcelona, Cortes, número 579, con edificio propio y talleres; en Buenos Aires, Montevideo, 22; en Santiago de Chile, Morandé, 476. En toda la América hispana poseemos corresponsales y agentes que trabajan por la difusión de la cultura hispánica.

En vista de la gran demanda de nuestra producción en Méjico, instalaremos muy en breve una Delegación con personal español y mejicano en esa República.

Nuestro gran entusiasmo—termina diciéndome el señor Olarra—está en el libro, en el buen libro—recalca—, que hoy más que nunca es el exponente siempre vivo de la cultura y de la raza.

SANTIAGO DE LA CRUZ

Asociación del mejor libro del mes

Reunido el Comité de esta Asociación con objeto de determinar su acuerdo respecto a los libros aparecidos durante el mes de junio, se convino señalar como el mejor libro del mes "Sin novedad en el frente" (novela), por Erich Maria Remarque, y como recomendados los siguientes, por orden alfabético:

De autores nacionales.—"Azorín": "Blanco en azul" (cuentos). Cossío, Francisco: "Clara" (novela). Espina, Concha: "La virgen prudente" (novela). Jarnés, Benjamín: "Sor Patrocinio" (biografía). Ortega y Gasset, José: "Kant. Reflexiones del centenario. 1824-1924". Salaverría, José María: "Sevilla y el andalucismo". Saldaña, Quintiliano: "El momento de España" (ensayos de sociología política). Zamacois, Eduardo: "Los vivos muertos" (novela).

De autores extranjeros.—Dos Passos, John: "Manhattan Transfer" (novela). Figueiredo, Fidelino de: "Del tedio, del amor y del odio". Ludwig, Emil: "El Káiser Guillermo II" (biografía). Meinbold, Hans: "Sábado y domingo" (ensayo histórico).

Y ahora bien: figurando, como figuran, entre los libros de dicho mes algunos excelentes de autores nacionales, y entre éstos algunos de las más ilustres personalidades de la literatura contemporánea española, desea este Comité muy especialmente explicar los motivos que le han llevado a la designación de una obra extranjera. "Sin novedad en el frente", ha sido ya elegido como el mejor libro del mes por el Club correspondiente de los Estados Unidos y algunos otros de sus afines de Europa; pero no ha sido la virtud del precedente lo que ha guiado a este Comité en su elección, sino la consideración de las razones que, sin duda, determinaron la de aquellas Asociaciones; razones de carácter universal, igualmente válidas en todos los países, a saber: la índole moral y social, aparte de su específico valor literario, que hace deseable la máxima difusión de una obra que con su profunda emoción de documento "vivido" lleva implícitamente la propaganda del espíritu pacifista y humanitario, que hoy constituye una de las causas más urgentes y generales de la humanidad. A lo que puede añadirse la conveniencia de que el público español participe en el movimiento social y literario que tan mundial resonancia ha dado a la obra de Remarque y a lo que ella significa.

Los suscriptores de la Asociación tendrán un descuento del 40 por 100 en el mejor libro del mes, y el 30 por 100 en los recomendados, excepción hecha del de Emil Ludwig, en que el descuento es sólo del 25.

Oportunamente recibirán todos los suscriptores el "Boletín" correspondiente a este mes.

Para suscripciones, consultas, etc., diríjanse al secretario de la Asociación, Zurbano, 20, Madrid.

Lea H. G. Wells, ESQUEMA de la HISTORIA

El teatro

"La corte del cuervo blanco"

Siempre he creído que una de las principales máculas que dañan la coreografía de Josefina Baker es precisamente su autenticidad selvática, que la imposibilita todo simbolismo. Que Josefina Baker, color de aceituna, primitivismo disparatado y absurdo, negra quintaesenciada, baile danzas negras, disparatadas y absurdas, es cosa que tiene poco que ver con el arte y con su profundo valor de creación. Otro interés ofrecería—y ofrece desde luego—que esas danzas fuesen trenzadas a maravilla por alguna rubia muñeca frágil y ultramoderna. (En definitiva, todo el valor coreográfico de Tórtola Valencia estriba en que lo simbólico está por encima de lo auténtico.)

Sospecho que en todo ello podría hallarse el fundamento de una doctrina estética acerca del simbolismo. Según ella, lo simbólico no llegaría al logro definitivo más que en contra o a través de la expresión real de lo auténtico. (Las mismas desviaciones, casi universales, con que se han tenido por simbólicos, empeños artísticos naturalistas—por ejemplo, algunas obras de Ibsen—, parecen confirmarlo.) Resultaría, pues, que para encontrar una expresión simbólica el primer cuidado debiera ser no unirla, en cada caso y en cada matiz, a una expresión auténtica concorde. El olvido de esta fundamental previsión conduce fatalmente a un simbolismo rudimentario que pierde en profundidad y altura todo lo que gana en claridad. En fuerza de saber que el buho simboliza la sabiduría, el buho ha acabado por decir nada más que perogrulladas. En la actualidad es un sabio completamente desacreditado.

Si siguiésemos ahondando, llegaríamos fácilmente a la conclusión de que el simbolismo tiene, en el fondo, poco que ver con las alegorías. No se trata de una cosa emblemática, superficial y externa. Cala más hondo, arraiga más abajo y, a menudo, se desentiende de las figuraciones corpóreas para alentar únicamente en la divina fortaleza de lo espiritual. De ahí precisamente que, en muchos casos, pueda ser el simbolismo un fruto de la colaboración del lector o espectador con el autor. Y de ahí también que a veces haya resultado simbólico nada menos que Bernard Shaw, que es el genio del sentido común. Por contra, muchas veces lo simbólico, en fuerza de ser demasiado claro y estar demasiado sujeto a las formas tangibles auténticas, deviene paradójicamente, una manifestación pueril de la vulgaridad. (Claro está que puede ser ello, en muchos casos, deliberado propósito del artista.)

Viene todo esto a cuento de una reciente lectura de la nueva edición de la fábula escénica *La Corte del Cuervo Blanco*, de Goy de Silva.

Indudablemente, hay en esta obra una intención simbólica, que incluso don Julio Cejador pretendió analizar minuciosamente. Tengo para mí que, de un modo deliberado y absolutamente voluntario, el autor quiso dar al simbolismo de su obra una máxima transparencia. Para ello se acogió a las fórmulas tradicionales, al modo de Rostand en su *Chantecler*, y de Linares Rivas en *El caballero lobo*. De aquella misma época data la obra de Goy de Silva, que el autor no ha logrado ver representada, a pesar de algunas peripecias casi estrenistas que él mismo cuenta en el prólogo de esta segunda edición, con ecuánime y escéptica serenidad.

Esta circunstancia de que *La Corte del Cuervo Blanco* no haya podido ganar el tablado nos priva ahora de un elemento de juicio interesantísimo. En efecto: la fuerza simbólica de algunas de las incorporaciones que juegan en la obra está, sin duda, calculada casualmente en el efecto que como tales realidades corpóreas podían causar en la escena. El verbo está buscando la forma en qué encarnar, y sin cuerpo tiene un valor equívoco y trashumante. Quiero dar a entender con esto que *La Corte del Cuervo Blanco*, en cuanto representación simbólica de uno de los problemas vitales más perdurables, es, ante todo, una expresión escénica y, por lo tanto, está falta en el libro de todos aquellos aditamentos a que aludíamos al principio, y que con la sola lectura no podemos saber si amenguarían o acrecerían sus valores simbólicos. Va todo ello dicho sin propósito de censura, puesto que no cabe dudar de la intención del autor, que ha calificado de fábula escénica su obra y ha intentado, antes de publicarla, someterla a la prueba decisiva del tablado.

Puede afirmarse, en rotundo, que Goy de Silva escribió (1914) con *La Corte del Cuervo Blanco* una obra estimabilísima, de levantado impulso, de elevado tono, de poética delicadeza que, en su tiempo, representaba, en nuestro rutinario y descaecido teatro, una innovación digna, escénicamente hablando, de mejor fortuna. Ha sido lástima que el señor Goy de Silva no haya podido ver representada su obra. Los años transcurridos desde que la escribiera marcan en el espíritu del autor una evolución estética considerable. A juzgar por su libro *Cuento de la lavandera*, esa evolución es evidentísima y le ha situado en una posición inmejorable para arriesgarse a nuevas empresas inovadoras. A caso, gravitando demasiadamente sobre sus hombros, el fardo de *La Reina Silencio* y de *La Corte del Cuervo Blanco*, tan elogiadas por Galdós, Alsina, Cejador y Jacinto Grau, le dificulta el desembarazo y la despreocupación de las ágiles andaduras audaces. Desde 1914 acá se han perdido muchos equipajes. No le importe al señor Goy de Silva perder el suyo definitivamente. Y menos cuando puede demostrar que no ha menester de él para seguir viaje. Tenga en cuenta, además, que una triste experiencia reiterada, y que abonan innumerables casos de viajeros desprevenidos, enseña la fatigosa inutilidad de las reclamaciones a las Compañías en caso de extravío. ¡En cambio, innumerables trenes salen todos los minutos de todas las estaciones para todos los rincones del mundo!

RAFAEL MARQUINA

* * *

LA PROXIMA TEMPORADA

Los preparativos para la próxima temporada no suelen ser gran preocupación para nuestros empresarios. En general podrían resumirse con el estribillo del clásico borracho: "Lo mismo que el año pasado".

No hay iniciativa ni estímulo. No acicata el impulso innovador ni acucia el deseo de servir intereses artísticos con honra y provecho. La rutina es única consejera. O más bien, aconsejada. En las proximidades de cada temporada, los mismos nombres, idénticas ausencias, igual desorientación.

Y no obstante—paradoja ridícula—uno de los más graves daños de que desmece el teatro español contemporáneo es el exceso de estrenos, que no de novedades.

A este propósito ha escrito M. Fernández Almagro un atinadísimo comentario en *La Voz*. Tiene, en efecto, harta razón cuando afirma:

"Que en los teatros de Madrid se estrena demasiado es verdad de plena evidencia. Huelgan las estadísticas. El mejor exponente, a este respecto, lo halla el habitual concurrente a los teatros madrileños en su propia fatiga, en su final desencanto. De acá para allá, en busca de algo nuevo, de algo distinto, que siempre se promete y rara vez se cumple. Las carteleras, sin embargo, fingen no enterarse. Y siguen voceando, noche tras noche, éxitos mentidos. Fracasada la ficción, es menester montar otro estreno. Muchas veces, a sabiendas de que tampoco prosperará... Desairada situación ésta de las obras que sólo sirven a modo de puente o tentempié mientras llega lo fuerte o substancioso de D. Jacinto, D. Carlos u otro autor de la casa. Los cuales también se sienten jaleados, oprimidos de continuo por la demanda de nuevas obras... Pierde el arte y no gana la taquilla. La formación de un repertorio sería el remedio que aliviase a todos de urgencias, de apresuramientos, de concesiones y de caídas".

La exactitud sagaz de estas afirmaciones se demuestra con sólo registrar lo que preparan, para la temporada próxima, nuestros teatros.

He aquí algunas noticias:

Teatro Infanta Isabel.—La misma compañía, el mismo género. Novedad: el señor Fernández del Villar estrenará *La fuga de Bach*, juguete cómico.

Teatro Cómico.—Loreto Prado y Enrique Chicote. Estrenará D. Luis de Vargas su obra—juguete cómico—*Seis pesetas*.

Teatro Alkázar.—El Sr. Cadenas lo ha arrendado. El arrendatario lo ha subarrendado. Compañía María Banquer. Repertorio americano.

Teatro del Centro.—Empresa Cadenas. Compañía Aurora Redondo-Valeriano León. Inauguración el 3 de septiembre. Estreno de *El difunto era mayor*, de Luis Manzano. Obras de Arniches, Luis de Vargas, Muñoz Seca, etc.

Teatro Reina Victoria.—Empresa Cadenas. Compañía Díaz Artigas, hasta febrero; después, opereta.

Teatro de la Zarzuela.—Empresa Cadenas-Calleja. Obras musicales de Benavente, Vargas, Quintero, Arniches y maestros Vives, Luna, Calleja, etc.

Teatro Lara.—Nueva compañía. Género habitual.

EL COMUNISMO
EN EL NUEVO
CÓDIGO PENAL
POR
ANDRÉS Y MORERA

DOS PESETAS

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA
Director: D. Ramón Menéndez Pidal
PUBLICA EN CUADERNOS TRIMESTRALES
España: 20 pesetas año. | Extranjero: 25 » » | Número suelto 5 pesetas.
Centro de Estudios Históricos
Almagro, 26, Madrid

Información Bibliográfica

André Gide: *Corydon*. (Ediciones Oriente. Madrid).—León Trotski: *La revolución desfigurada*. (Editorial Cenit. Madrid).—Enrique Lafuente: *Las tablas de Sopetrán*. (Sociedad Española de Excursiones. Madrid).—Angel Pulido: *La emoción oratoria*. (Editorial Mundo Latino. Madrid).—Mercedes Ballesteros Gaibrois: *Iniciales* ("Filosofía y Letras". Madrid).

Corydon tiene —como primer elogio— una virtud— él: libro inmoral—: la virtud de la confesión. Y de la confesión, precisamente, de un pecado inconfesable, subterráneo, turbio. Los pecadores —incluso hombres de reto y de intemperancia, como Wilde— se han sentido siempre, ante la acusación, débiles, avergonzados. Muchos de ellos han sido —por naturaleza— hombres contra-sociales, contra-normales, acostumbrados, por lo mismo, a ponerse —en combate— frente a la constitución social del mundo. Y, sin embargo, estos mismos hombres, frente a una sociedad que acusa su pecado, niegan, ceden, ocultan, callan. Es decir: se dejan vencer.

Y Gide es —por esto— el primero que no se deja vencer. El que protesta. El que se defiende. Y bien mirado, tenía que ser un hombre como Gide el que se decidiese a mantener esta actitud de reto, de confesión. Gide, que es lo contrario de Wilde. Escritor limitado, ordenado, clásico. En resumen: tenía que ser un hombre poco escandaloso, el que precisamente diese el escándalo. Si Wilde hubiese firmado *Corydon*, la sociedad de todo el mundo hubiese pedido la hoguera, la muerte. A Gide, nadie le ha enviado los jueces. A lo más: dardos, réplicas. Claro es que Wilde era un hombre descarnado y vital, que hubiese bajado el tema hasta el escándalo de la plaza, de la vida, y Gide es un hombre limpio, exquisito, que ha elevado el tema hasta la aséptica terraza, hasta la biblioteca, hasta la inteligencia.

El libro tiene dos aspectos distintos, casi opuestos. Uno es la justificación del pecado: la defensa. Otro es la confesión: la piedad. En términos religiosos esto no sería posible, porque todo pecado es indefendible, injustificable. Pero en un diálogo socrático —libre— todas las actitudes están bien. El lector debe hacer esa previa concesión: la de no defender el dogma integral de sus instintos.

Si Gide tiene o no tiene razón en la defensa, no es punto que pueda decidirlo un hombre de otras filas. Desde luego, se advierte con cuánta inteligencia, con cuánta ingeniosa maestría está derribado el potro salvaje del tema. Posiblemente, todos esos lazos que vemos agitarse en torno a la dificultad encabritada, no son más que hábiles paradojas, recursos de la inteligencia contra la verdad, contra la verdad clara, sencilla, predominante, que el sofista —el inteligente— quiere confundir, combatir, a veces —como en este caso— para defender un pecado; otras veces —casi siempre—, para hacer alarde de la habilidad, como los forzudos han inventado el boxeo para hacer alarde su fuerza. ¡El que tiene excesos necesita emplearlos. Por lo mismo, el que tiene excesos de inteligencia, necesita ser —casi siempre— sofista.

Bajo el otro aspecto —el de la confesión— el libro escabroso de Gide me parece no sólo elogiable, sino útil. Es hora ya de que las indignaciones se suavicen y las torturas —si aún las hay— se supriman. En este sentido, *Corydon* puede ser profético. Las sociedades son cada vez más piadosas con los pecados. Suele suceder que —en este orden— el que acusa tiene los mismos instintos que el acusado. El hombre limpio, claro, definido, lateral, siempre perdona, comprende. No justifica, pero absuelve. No lo admite, pero no lo niega. El hombre que no es —claramente— invertido, suele ser el mejor abogado de quien lo es.

(*Corydon* está traducido con minucioso esmero por Julio Gómez de la Serna. La editorial Oriente ha hecho muy bien introduciendo en su catálogo este libro valioso de uno de los escritores más admirables de Francia).

* * *

Trotski está en la tribuna que le corresponde: en la de la oposición. Se ve que a pesar de todo —a pesar de sus trabajos, de su cooperación antigua, de su organización del ejército rojo, etc.— es un intelectual. Es decir, un hombre superior al medio, a la realidad. Va demasiado lejos. Perjudica. Posiblemente Stalin y Trotski —los dos— tienen sus razones para eliminarse.

Trotski quiere que la revolución rusa sea más perfecta. ¿Cómo negar la razón a Trotski? A su vez, Stalin —que tiene el poder: la realidad, la responsabilidad— quiere que Rusia vaya evolucionando, desenvolviéndose. ¿Cómo negar la razón a Stalin? Los dos se reprochan un deseo de retorno al régimen capitalista, y, sin embargo, ninguno de los dos lo desea. Trotski reprocha: se está creando, sin darse cuenta, una temible burguesía de funcionarios. Pero Stalin, posiblemente, piensa que ello es cierto y que no puede ser de otro modo. Desde luego, nosotros pensamos—sin intentar ahora justificarlo—que la burocracia es esencial a un régimen comunista.)

Este libro—notable—de Trotski, es una defensa personal—ante los jueces—de sus ideas, de sus actitudes, de su posición frente a la fuerza gobernante de Rusia. Las armas dialécticas de Trotski son peligrosas. Por eso se las procura apartar, confinar. Pero Trotski es un intelectual: no se calla, no se callará hasta la muerte.

Y bien. ¿Qué resultará de esto? Poco: los libros de Trotski donde podrá verse la fluidez periodística, su fogosidad, su trabajada dialéctica. *La revolución desfigurada* es ya uno de ellos, y en este sentido tiene páginas notables, sobre todo en el texto de sus discursos.

Pero—tal vez—todo resulte ineficaz. Trotski será un desterrado perpetuo. Lo es siempre. Antes, con régimen contrario, ahora, con un régimen favorable. Uno piensa si este sino suyo no será producto de un hábito: el hábito a la disconformidad, a la oposición. Hay en la vida posiciones [illegible]; pero se ve que hay gentes que han nacido para ellas. Trotski es un ejemplo. Son posiciones valientes, pero—como en este caso—ineficaces.

Gracias, después de todo, a que Trotski tiene armas brillantes, y siempre es entretenido verselas utilizar, blandir, aunque sea en el aire.

* * *

Entre la nueva juventud estudiosa, seria—que viene en correlación con la nueva juventud literaria—, Enrique Lafuente es uno de los jóvenes más valiosos. En los desafíos a ver quién alza más la voz, no oiréis su voz. En las prisas por sentarse en los primeros puestos, no será él quien os atropelle. En el río revuelto—o claro— él no será nunca un pescador de ganancias. Virtudes inactuales—perjudiciales—, pero admirables. Todavía en el mundo hay una ética del comportamiento, de la actitud. En vista de que, en este orden, casi toda la gente se ha hecho impúdica, plebeya, va a ser necesaria la creación de una aristocracia de la moral.

Lafuente es de los hombres que menos gritan y de los que más valen. Se impondrá. A la larga, predominan siempre los valores puros. No suelen ser los que más gritan, los que más valen, lo mismo que no suelen ser los mayores bloques los que más oro tienen. Lafuente confía más en los estudios que en las habilidades. Los pragmáticos creerán que es una táctica de pérdida. Yo—al contrario—creo que es de ganancia absoluta.

Reflejo de su pasión, de su devoción por el estudio, es este folleto—documentado, erudito—sobre unas tablas encontradas—o revisadas—en el viejo monasterio de Sopetrán. Lafuente habla sobre el monasterio, sobre su historia, sobre la situación actual. Presenta las tablas, las analiza—con su probada competencia en asuntos pictóricos—las reproduce, y termina con la súplica de siempre: con el deseo de que esas tablas no se pierdan en la intemperie—indefensa—de una ermita casi en ruinas.

Las pinturas son valiosas. Tablas flamencas de autor desconocido. Una de ellas—además—, acaso tenga un gran valor anecdótico: parece ser un retrato del primer Marqués de Santillana, el poeta.

Este trabajo de Enrique Lafuente es un indicio claro de su talento, de capacidad y de su preparación para empresas más arriesdas, que ha de acometer.

* * *

La crisis de la oratoria no se corresponde con la avidez—con la simpatía—de los auditores. Los públicos desean ser encantados por la palabra. Pero la palabra—hecha música—no suena. Seguramente, todo consiste en que también la oratoria tradicional ha envejecido, y los nuevos instrumentos—los nuevos recursos—todavía no se saben tocar con maestría.

Este libro del doctor Pulido, puede ser útil a los aprendices. No los enseñará—claro es—los secretos de la nueva oratoria. Tampoco los posee—seguramente—don Angel Pulido. Para él, todavía el modelo de orador seguirá siendo Castelar. Modelo poco recomendable para cualquier joven que esté adiestrándose en la oratoria.

Pero el libro del doctor Pulido no es un manual del orador, sino un análisis psicológico de la oratoria. Es un libro que recurre a las fuentes, al fondo, a los resortes primarios. Estas bases son imperturbables, firmes. Sirven—igualmente—para el orador de ayer y para el de hoy. Para el viejo y para el nuevo. Para el maestro y para el aprendiz.

La emoción oratoria es un libro curioso, oportuno, en este momento en que se necesitan oradores para satisfacer a un público que los está deseando.

* * *

Este libro de Mercedes Ballesteros cumple en su intención primera: la de iniciar, la de acusar una poetisa. No es un libro precoz, y, por lo tanto, desencadenado, suelto, ocasional. Cuando una muchacha—bella—se entretiene sobre el tapiz de sus diez y seis años en hacer estas miniaturas, es que hay—en ella—un temperamento. Es decir, una primera cualidad para la promesa: una vocación.

Posiblemente, Mercedes Ballesteros es demasiado joven para tener algo más que vocación, que instinto poético. La intimidad—esa nave de resonancia sin la cual no hay poesía—vendrá después. En este libro se presiente, se instruye, a veces se alcanza. Pero es un momento. Un momento que puede ser feliz, como en ese ingenuo y preciso lied: "Cuando vengas, pregunta por el sol y los peces", uno de sus más bellos poemas.

Casi todas las resonancias del libro son voces externas—ajenas—de cosas, de visiones, de aspectos. La poetisa la ha empleado—poéticamente—con una técnica evasiva, fácil, buscando una vertebración moderna demasiado primaria.

Si pudiésemos aconsejar, incitaríamos a Mercedes Ballesteros hacia la superación de estas facilidades—un poema por imagen, un verso por una palabra, una expresión por una subconciencia—y a que atacase la *difícil dificultad*, asediando su vasto cerco de muralla.

Mercedes Ballesteros ha de conseguirlo en breve, cuando tenga, en sí misma, mayor ámbito de tiempo y mayor disciplina de trabajo.

César M. ARCONADA

Paul Morand, cronista del siglo XX

Ha llegado a México Paul Morand. Este nombre que, por su misma brevedad, revela al viajero y al cosmopolita, es, a pesar de lo poco que representa para gran parte del público, el de un escritor excelente, que no se contentaría con ser de ayer, que no pretende ser de mañana, pero que es, como raros escritores han logrado serlo, un cuentista de hoy.

El presente lo contiene íntegro. Por fortuna no se trata, en su caso, del presente estrecho de una provincia o de una ciudad. No se trata siquiera del presente de una nación. Paul Morand pertenece a esa generación europea que presiden, en París, la figura y la inteligencia precisas de Valéry Larbaud. Los miembros de este grupo encontraron en la guerra del 14 el pretexto imprevisto de un acercamiento continental y, en tanto que los estadistas discutían y los militares—esos cirujanos—segregaban, esta generación, sin disciplina aparente, hacía más en favor de la unidad espiritual de Europa que el mismo Romain Rolland, difícilmente instalado, en la altura de su soledad, *por encima de la pelea*.

Como la mayor parte de los buenos prosistas, Paul Morand comenzó por ser un buen poeta. Sus *Hojas de Temperatura* y sus *Lámparas de Arco* descubrieron a los apresurados lectores de 1915 —año terrible—, una inteligencia neta y un conocimiento muy exacto del versolibrismo. Desde estas primeras selecciones el poeta, a pesar de su contacto asiduo con Cendrars y Max Jacob, empezaba a coincidir con el *unanimismo*. Como Jules Romains, en ocasiones, más aún que Jules Romains, Morand tenía ya entonces el sentido agudo de las realidades colectivas y hacía penetrar, con un talento ágil, las aristas del problema social dentro del problema literario de post-guerra.

Ninguna de las cualidades esenciales que había de descubrir la crítica en su obra posterior en prosa, deja de estar presente en esta porción de su obra en verso y aun, a menudo, las cualidades se truecan—por exceso—en defectos. El motivo de esta transfiguración de cantidad es, más que la impericia del neófito—este escritor parece no haber *principiado* nunca—, el deseo consciente de acentuar, en el estilo, una huella propia.

Un sensual se ha dicho de él, tratando de definir, en una sola fórmula concisa, sus cualidades y sus imperfecciones. Pero Paul Morand, a pesar de los temas un poco equívocos que elegía para sus pequeños cuadros de costumbres contemporáneas, [illegible] lo es desde el punto de vista del erotismo, del *libido*. Una generación tiene coincidencias obligadas y no en vano ha convivido, en los salones, el cosmopolitismo elegante de Morand con la psicología de Freud. Su interés por describir el infierno cerebral en que se agitan las pasiones sexuales de hoy, no es siempre interés de artista. Un escritor sensual carecería de esa sólida estructura en que Paul Morand concibe y plasma la materia de sus relatos. D'Ors protestaba hace poco contra la falta de vertebración de la obra de Proust, falta de vertebración que no se descubre nunca en el tejido estrecho—tejido de células nerviosas—del estilo de Paul Morand. Su *Espejo de tres lunas* en *La Europa Galante* y *Noche nórdica* en *Abierto de Noche* son modelos de concepción lógica y, decir de esta suerte concepción lógica, ¿no es acaso apuntar ya una invitación al clasicismo?

Oscuramente, todos sus críticos han sentido la necesidad de depurar la fórmula de la sensualidad. Así, en tanto que René Lalou indica en su *Historia de la Literatura francesa contemporánea*, que hay en la obra literaria de Morand más crueldad que sensualidad verdadera y la compara, por estos términos de analogía, con la obra pictórica de Marie Laurencin, Benjamín Crémieux insiste en el estudio que consagra a Morand en su *Siglo XX*, sobre el mismo tema, con inflexiones más personales y más convencidas: "Hay —afirma—en el estilo de Morand, más lucidez cruel que compasión o que dandismo."

Para apreciar sin pausas la diferencia que existe entre el escritor de los sentidos y el de la inteligencia, bastaría establecer un paralelo entre el exotismo de Piere Loti y el de Paul Morand. El primero divaga a propósito de todo. Su estilo es un brillante, pero frívolo, mariposeo. Se posa un momento en cada miel y el resultado es, para el lector, una embriaguez policroma. De un país, de una ciudad que visita, no conserva sino el color de un crepúsculo, el recuerdo afinado de un perfume, la evocación de una música.

Ninguna de estas imprecisiones en la memoria de Paul Morand. Su descripción de Lisboa, en el primer ángulo de una de sus mejores narraciones, *Lorenzaccio o el Regreso del Proscrito*, es de una exactitud que recuerda las telas de algunos pintores primitivos. ¡Qué poco queda, en este viajero, del romanticismo itinerante de *René!* Ningún fondo de vaguedad, ningún arcano. Todo neto, preciso, limitado, como la mirada en la blancura líquida del ojo que la contiene.

Del poeta tiene Morand, como Giraudoux, la capacidad sugeridora de la síntesis. Un detalle, *la voz blanca de Proust*, la nube que, en un día de verano envía a su amante una de las mujeres de *Tendres Stocks*, la piel de María Luisa, que parecía una imitación, de tan pálida que era *y descolorida por la urbanidad*, son, más que simples aciertos de idioma, exquisitas muestras de sensibilidad y de observación.

Morand, que no ha podido obtener un éxito absoluto como novelista—*Lewis et Irene*—es, en cambio, uno de los maestros, uno de los raros maestros perfectos del cuento contemporáneo. Su condición más visible de estilista ha sido la de instaurar una *trascripción literaria de la prosa familiar de post-guerra* y de realizar esta trascripción, convirtiendo el idioma de todos en un instrumento de admirable agudeza expresiva, sensible, como una antena, a las menores solicitaciones de la vida actual, nerviosa y atormentada siempre de un movimiento opuesto.

Pero las cualidades de estilista no le satisfacen por completo. Aspira a más. Desea ser un cronista de la psicología del siglo XX, y lo logra. Porque, en esos escenarios mínimos en que desarrolla el asunto de sus relatos, reune mayor cantidad de cosas vivas y de costumbres singulares que las que pudiera contener una enciclopedia de las manías contemporáneas. Y, también, porque ha descubierto hasta qué punto es cierta, en la vida, la afirmación de Fourcroy que sirve de epígrafe a *La Europa Galante*: "Estamos inclinados a creer que muchas de las sensaciones voluptuosas que algunos individuos han experimentado recientemente, obedecen a un principio de asfixia..."

JAIME TORRES BODET

La Gaceta Literaria
PERIODICO QUINCENAL
Director-Fundador: E. GIMÉNEZ CABALLERO

COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

Editoriales Renacimiento, Mundo Latino y Atlántida

NOVEDADES

POETAS ESPAÑOLES QUE VIVIERON EN AMERICA

Mario Méndez Bejarano.—Esta obra contiene los estudios más documentados y finos de intención crítica sobre aquellos escritores como Fray Diego de Hojeda, Juan de la Cueva, García Tasara, Lasso de la Vega, que vivieron en América. Gran parte de nuestra historia literaria está comprendida en este gran libro excepcional. RENACIMIENTO. 6 pesetas.

LOS VIVOS MUERTOS

Eduardo Zamacois.—El éxito de esta obra, una de las más vigorosas de su autor, se debe—aparte su interés, aparte su asunto intrigante novelesco—a que refleja con fidelidad extraordinaria y con humano patetismo la vida del presidio en sus más íntimos detalles. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

GUIGNOL

Eduardo Gómez de Baquero («*Andrenio*»).—Es éste el primer volumen de las obras completas del excepcional escritor. Lo constituyen una serie amenísima de artículos, de gran profundidad, en forma dialogada, sobre sociología, literatura y costumbres. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

MI VIDA CON GOMEZ CARRILLO

(«*Evangelina*») *Aurora Cáceres*.—Quien desee conocer por lo menudo la vida intensa y emocionante del inolvidable cronista, deberá leer esta obra de «Evangelina», en la cual no se eluden detalles, por reservados, por íntimos que sean. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

LA VIRGEN PRUDENTE

Concha Espina.—Es ésta la última obra de la singular escritora montañesa. En ella confluyen el interés emotivo, el interés de episodios, el interés literario, el interés moral. RENACIMIENTO. 5 pesetas.

EL BUFON, EL BURGUES Y OTROS ENSAYOS

Dostoiewsky.—Tiene este libro del gran ruso, sobre su interés novelesco en alguno de sus capítulos, el interés no menos extraordinario de darnos una visión original de Londres y París. Son extraordinariamente curiosas las observaciones de Dostoiewsky sobre la nación y la vida inglesas. MUNDO LATINO. 3,50 pesetas.

REMANSOS DEL TIEMPO

E. Rodríguez Mendoza.—Libro de variadísimos y múltiples temas. Libro donde se une el interés de pensamiento filosófico al interés puramente artístico. La obra de Rodríguez Mendoza constituye una aportación valiosísima a las letras chilenas. MUNDO LATINO. 5 pesetas.

EL MUNDO HUNDIDO

Paul Schostakowsky.—Este gran escritor ruso, que escribe admirablemente en español, hace en su nueva obra una narración amenísima, justa, absolutamente imparcial, de la vida rusa anterior a la revolución. MUNDO LATINO. 5 pesetas.

DEL TEDIO, DEL AMOR Y DEL ODIO

Fidelino de Figueiredo.—El más sustancioso libro de ensayos. Una de las obras de mayor profundidad de la literatura portuguesa. Estudios finísimos de gran penetración, de extraordinaria amplitud, sobre los sentimientos a que alude el título de la obra. MUNDO LATINO. 5 pesetas.

BARBARITA

Héctor Licudi.—Una de las novelas más interesantes de la moderna literatura inglesa. En ella se desarrolla el tema del amor, con la amenidad, la ironía y la elegancia características del arte inglés. MUNDO LATINO. 6 pesetas.

UN VIAJE A NORTEAMERICA

Eleuterio Abad. Prólogo del *Doctor Pittaluga*.—El único libro escrito sobre Norte-América con datos obtenidos escrupulosamente por la visión directa. Eleuterio Abad, después de haber vivido una temporada en los Estados Unidos, estudia éstos en sus múltiples aspectos: el industrial, el rural, el artístico, etc. Espléndidos grabados. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. 10 pesetas.

IDEARIO DE CONCEPCION ARENAL

Manuel Góngora Echenique.—Basta hojear este libro para darse idea de que en él están expuestas con extraordinario rigor científico las ideas fundamentales de la excelsa penalista. Esta obra viene a constituír un manual insustituíble para las personas que deseen penetrarse del sistema de ideas de doña Concepción Arenal. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. 2 pesetas.

LO QUE HE VISTO EN CUBA

Manuel Góngora Echenique.—No habrá lector, conozca a Cuba o no la conozca, que, leyendo este libro, no perciba y sienta, no ya la belleza exterior de nuestros paisajes luminosos, sino algo más íntimo: «El esfuerzo que Cuba ha realizado en un cuarto de siglo de independencia», dice de esta obra en el prólogo el excelentísimo señor don Mario García Kohly. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. 6 pesetas.

EL ISLAM
LA ALHAMBRA DE GRANADA

Macario Golferichs.—Toda la Alhambra de Granada se halla minuciosa o históricamente explicada en este libro de lujosa edición, en el cual se incluyen, para su mayor claridad y belleza, multitud de fotografías, dibujos y planos. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. 35 pesetas.

LA DOROTEA

Lope de Vega (dos tomos).—Corresponde esta obra universal a las «Bibliotecas Populares Cervantes», que proporciona por suscripción cuatro libros al mes, al precio de 5 pesetas. Volumen suelto, 2,50. COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES.

LA EMOCION ORATORIA

Angel Pulido.—No se ha escrito un libro que tan extraordinariamente estudie como éste el arte de la palabra hablada, en sus múltiples aspectos: el científico, el emocional, el artístico, en relación con las masas. Don Angel Pulido ofrece en esta obra todos sus conocimientos científicos para la mayor comprensión del arte oratorio. MUNDO LATINO. 5 pesetas.

Pedidos: Librería FERNANDO FE, Puerta del Sol, 15; Librería RENACIMIENTO, Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1.—15338-13816. Si desea algún libro no tiene más que llamar a uno de estos dos teléfonos. Se le enviará a domicilio sin recargo alguno.

ARTE

ARTE EN AMÉRICA

PASADO Y FUTURO

Una agrupación casual de dos libros de que hablar hoy, traza en un momento una ancha avenida histórica por la que contemplar en fluencia el devenir de la actividad artística de la América del Sur. En realidad, los dos libros, uno de materia histórica y otro de crítica actual, nos ofrecen sólo dos momentos de arte americano concretos y determinados: uno, en la fijación del ayer, y otro, en la momentaneidad de un hoy que es más bien un mañana. Pero para una imaginación aficionada, la historia es una flecha pronta a volar, y su trayectoria de movimiento, como la línea recta, se nos ofrece siempre dispuesta a recorrer la distancia más corta entre dos puntos inmóviles en el tiempo. La asociación de estos dos libros de que queremos hablar es demasiado sugestiva para evitar estos enlaces ideales. Unas consideraciones en torno a ellos nos parecerían llenos de enseñanza. Pero es preferible hablar de los libros mismos.

JOSÉ GABRIEL NAVARRO Y EL ARTE ECUATORIANO ANTIGUO

El pasado artístico del Nuevo Mundo español es tema que hoy va comenzando a atraer a los propios americanos. El interés que comienza a mostrarse por la arquitectura colonial, los intentos bien orientados de crear modalidades nacionales aprovechando elementos artísticos de la época española, lo demuestra en primer lugar. Pero países en trance de una intensa transformación, que no tardarán en someter sus actividades a una fabulosa presión y a ritmos diversos de vida, lo que importa ante todo es la exploración y la justa valoración de su arte antiguo, tan desdeñado hasta ahora. Interesa el conocimiento detallado del arte americano y no solamente para completar los inventarios, sino para observar las leyes. Los que denigran el estudio menudo y pormenorista de las cosas—y esos menospreciadores de la paciente labor lenta y del trabajo antiretórico, se guardarían muy bien de sostener sus tópicos ante otra cualquier disciplina, la biología o la química, por ejemplo—, esos, olvidan que son los granos de arena del archivo, del dato y de la observación directa los que pueden ir preparando el camino a la formulación de leyes generales capaces de satisfacer nuestro apetito de conocimientos amplios. Y esta es la tarea previa para los estudiosos del arte americano. Entre ellos, pocos con más méritos en su haber que don José Gabriel Navarro, ministro del Ecuador en España, perteneciente a ese tipo de diplomáticos, cada vez más frecuentes en América—y cada vez menos en España—, que saben ser *hombres de letras* cumplidos, con todo el noble valor de la palabra, sin que la profesión se lo estorbe y aun al contrario.

El hecho es que por obra del señor Navarro y otros dignos trabajadores de su país se está dando a conocer un interesante foco de actividad artística importante en Quito durante la dominación española. Sus escuelas de pintura y escultura con tres y cuatro siglos de existencia, la peculiaridad barroca de su arquitectura, las posibles influencias en el XVI de cosas flamencas y, sobre todo —notas las más atractivas—, la fiel continuación de las escuelas plásticas españolas y principalmente andaluzas, pero aflorando exterior un fondo de riqueza decorativa indígena y una exacerbación de los elementos realistas y patéticos y no exento ello todo de algún contacto técnico y estilístico con las escuelas artísticas del Extremo Oriente, todo esto con nombres y datos, y estudios técnicos, y ejemplos, y análisis detallados, son novedades, en su gran parte, que nos interesa conocer. Y todo esto es la obra que se propone realizar el señor Navarro. Se propone, digo; pues si importantes son sus trabajos publicados, mayores son, según mis noticias, los proyectos que planea respecto a la labor de dar a conocer la historia artística de su país. Su obra *Contribuciones a la Historia del arte en el Ecuador*, trata de acoplar estas aportaciones indispensables para ordenar la materia, intacta en su mayor parte; pero la obra que nos sugiere estas líneas es su reciente trabajo de conjunto, *La escultura en el Ecuador*. Para todo conocedor del arte español la obra tiene un atractivo enorme; para la historia del arte americano será un jalón indispensable. Abunda el libro en puntos de vista interesantes para el lector, además del valor de novedad de sus exposiciones y la perfecta distribución de sus materias. Pongamos como ejemplo la rápida asimilación del indio a las labores artísticas de los españoles, e inmediatamente, cómo esta colaboración influye en la evolución estilística del arte peninsular en América. Repitámoslo; en estos pacientes estudios están latentes las leyes de la historia de mañana. Las disciplinas artísticas en América y su arraigo tienen que depender de la atención que pongan a los elementos que florecen en su suelo, no sólo al arte indígena precolombino, sino a este período colonial en que los más curiosos contactos tienen lugar, y se dan, en formas europeas, los más sutiles injertos.

En cuanto a la escultura, tema del libro, el señor Navarro, que hace revivir ginería quiteña, nos traza la filiación de toda una tradición secular, con peculiaridades propias y hasta con originalidades iconográficas en las que, sutiles y solapadas, se infiltran esencias indígenas y orientales.

La obra del señor Navarro, justamente premiada en España, es uno de los libros más meritorios que puedan haber salido de pluma americana y está lleno de ese espíritu de curiosidad por lo propio, de deseo de autoconocimiento, que desearíamos ver extendido, y no sólo en las disciplinas artísticas, por el continente americano.

EL FUTURO ARTE ARGENTINO

La fecha ideal nos enlaza la época tranquila de la colonial con la febril actividad metropolitana. Hemos saltado del Quito colonial al Buenos Aires cosmopolita de hoy, y del libro del ecuatoriano Navarro al del argentino Lozano Monján. Sus *Figuras del arte argentino* son un tipo de libro bien distinto del antes citado. Estudios breves sobre modernos atisbos argentinos, gentes atraídas por todos los vientos de la rosa artística contemporánea. Como un marino, el crítico toma sus notas, observa sus mapas, sigue el curso de sus astros y nos fija con precisión la situación de cada estrella. Atraídos por París, por Italia, algunas veces por España, los artistas giran buscando su postura, su estilo. Ninguna tradición les ata, lo que no quiere decir que no están dispuestos a enrolarse en cualquier moda presente o pasada. Pero, sobre todo, inquietud. En Buenos Aires, que tiene abierto el mar a todos los futuros, el pasado poco pesa. Por ello mismo, el crítico que avizore la vida artística tiene que tener más fino oído y más amplia información que en cualquier otro caso. El señor Lozano Monján se nos muestra digno de su puesto.

Ligado a los nombres representativos del arte en su país, cumple en él una utilísima misión. Sabe que el crítico hace historia, y aun en algún libro anterior —que no conozco sino de referencias— trata de fijar la historia de los orígenes del movimiento artístico bonaerense. Sus estudios son pequeñas monografías de cada artista. Su valor aumentará con el tiempo. En la actual vorágine de novedad, de atracción por lo europeo, el arte argentino irá posándose. Ya comienzan a sonar voces en favor de una fijación, de un volver los ojos a cosas olvidadas. Recordemos el nombre de Noll. Y aunque sólo sea un nacionalismo anecdótico, no olvidemos que enfrente de los que se alimentan de París, un trasnochado París, a veces, algunos pintores levantan bravamente sus cuadros de gauchos y de vida provinciana; recordemos a Bernaldo de Quirós y a Figari. Preñado de futuro, el arte argentino de hoy necesita sutiles vigías que registren y sun orienten sus rumbos. El señor Lozano Monján, con sus estudios, realiza una meritoria labor, y los de hoy y los de mañana habrán de agradecérselo cumplidamente. Así nosotros ahora.

ENRIQUE LAFUENTE

Obra de las Escuelas Populares Mexicanas

Las escuelas populares mexicanas

Interesantísima, desde muchos puntos de vista, la Exposición—en el Retiro—de las Escuelas Populares Mexicanas, clausurada hace pocas semanas.

En las tales Escuelas no hay más cargos que el de Director y el de mozo. Este último suele ser un alumno obrero al que de este modo se le procura ayuda y subsidio. No hay tampoco más normas que el respeto a la libertad e inspiración individuales y un retorno a la esencialidad mejicana.

Y todo ello con un criterio estético de primer orden, con pureza intencional y pedagógica verdaderamente admirable.

Fué precisamente Vasconcelos, el gran mexicano, el ilustre representante de la cultura de México, quien, en el transcurso de una de las muchas campañas que ha librado por la transformación de los métodos educativos en su país, hizo notar la mayor facilidad de adaptación y comprensión que, sobre la madurez, ofrece la puericia.

Bastaba ver alguna de las obras expuestas hasta hace poco en el Retiro por niños y niñas mexicanos para comprender de qué natural manera, llena de adivinaciones, han llegado a encontrar lo que muchos artistas buscan durante largos años inútilmente.

Junto a ese sagrado respeto a la independencia absoluta de la inspiración y al temperamento de los discípulos, destacaba, en el conjunto de la Exposición una fidelidad étnica a los *motivos* sustanciales.

Aparte estas primarias y esenciales características, hay que señalar también la perfección de la enseñanza en relación a la técnica, al oficio, que es donde debe ejercer su influencia la autoridad del maestro. Algunos trabajos en madera y algunas tallas directas en piedra son persuasivos ejemplos de que las Escuelas Populares Mexicanas han conseguido, en orden a la técnica, una perfección estética muy considerable.

El ayuntamiento del estudio y del juego al aire libre produce en el alumno niño la realidad de una interpretación pura en la cual, libertadas de postizas añadiduras, las cosas son reveladas en su desnuda expresión auténtica. Ello conduce a una coincidencia con el arte primitivo, a un cierto retorno —profundamente racial— hacia los *mayas*, en una concatenación histórica que tiene la emoción —casi patética— de una epopeya nacional.

La mirada y el arte de la puericia dan así una lección, al mismo tiempo recia y sutil, a la vieja pedagogía experimental. Y ésta no se avergüenza, si no que, por el contrario, la aprovecha venturosamente. He aquí la alta ejemplaridad de esta Exposición.

R. M.

Obra de las Escuelas Populares Mexicanas

Obras completas de Unamuno
COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
MADRID

LA INFORMACIÓN PERIODÍSTICA
Oficinas de recortes de periódicos de Madrid, provincias y extranjero.
MARCA REGISTRADA
Meléndez Valdés, 47 :-: Apartado 902.
MADRID

Librería Nacional y Extranjera
Sirve a reembolso toda clase de libros nacionales y extranjeros
CABALLERO DE GRACIA, 60
MADRID

La Exposición del libro español en New-York

Ramón Martínez de la Riva ha regresado del viaje que hace tres meses emprendiera a New-York. Cualquiera que sea el criterio y la estima con que se juzgue la labor literaria del autor de «Blasco Ibáñez, su obra, su vida y su muerte» (cuya traducción al inglés ha contratado con la Hispano American Alliance), es evidente que su inquietud y su agilidad periodísticas responden a un concepto de reportaje de alta escuela, harto infrecuente entre nosotros.

Su reciente viaje a New-York, no ha sido estéril. Entre otras empresas y acciones de que se irá dando cuenta, descuella la Exposición del Libro Español, que logró inaugurar el día 4 del pasado julio, en uno de los lugares más concurridos de New-York.

No hay por qué ocultar que para ello tuvo que luchar con escasas y no pequeñas dificultades.

—Yo quería, ante todo—nos ha dicho Martínez de la Riva—, presentar el libro español actual con absoluta independencia de cualquier Entidad u organismo que, al patrocinar la Exposición, pudiere inducir al error de suponer cierto ligamento o subordinación. Y conste que nunca agradeceré bastante la excelente disposición y los magníficos ofrecimientos de algunas Entidades que, simpatizando con la idea, quisieron propugnarla y favorecerla. Tales, entre otras, la Delegación del Patronato Nacional del Turismo y el Bureau de Información Española, cuya secretaria, Carolina Marcial Dorado, realiza en New-York una labor tan admirable. No quiero dejar sin una especial mención a míster Bem, vicepresidente de la Internacional Telegráfica y Telefónica, hispanista de corazón y de convencimiento, hasta el punto de que sus oficinas están decoradas al estilo español, exornados los muros con versos y aforismos del «Quijote» y de «El Gran Galeoto», y efigies de los Reyes Católicos.

Pero aunque todos estos ofrecimientos movieron mi gratitud y mi entusiasmo —sigue diciendo Martínez de la Riva—, por la razón antes expuesta, yo deseaba que la Exposición del Libro Español en New-York tuviese otro ambiente. Para ello, quise entablar negociaciones con la librería Brentano's, al frente de cuya sección española se halla, por fortuna, persona tan expertísima e inteligente como madame Anderson. Aparte de que en el inmenso local de la calle 47, verdadero océano de libros, no habrá manera de encajar en la realidad mi proyecto, tropecé con la dificultad de que Brentano's tenía contratados en firme, hasta para muchos meses más tarde, todos los locales aptos para exposición que posee New-York.

Finalmente, pudo el Sr. Martínez de la Riva ver coronado su esfuerzo con el éxito más lisonjero, gracias a la recién instituída Hispano American Alliance, que le cedió sus locales de la calle 42 y Quinta Avenida, en el centro mismo de New-York, como si dijéramos.

Allí pudo agrupar—prosigue el señor Martínez de la Riva—más de doscientos volúmenes de las principales editoriales españolas y colecciones de obras completas de nuestros más prestigiosos autores contemporáneos. Tengo la satisfacción de poder afirmar que esta manifestación del libro español constituyó un rotundo éxito. La gran escritora Concha Espina nos hizo el honor de asistir a la inauguración, y pudo oír, junto a los elogios de su magna obra literaria, los que se tributaban a la orientación y esfuerzos de las más prestigiosas editoriales de España: Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, cuyas colecciones, «Bibliotecas Populares Cervantes», «Colección de documentos inéditos», «Los Clásicos Olvidados», llamaron poderosamente la atención; Espasa-Calpe..., etc. También obtuvieron señaladísimo triunfo unas encuadernaciones en cuero, bellamente labrados por nuestro notable repujador Martín de la Arena.

Todo el mundo, Prensa, colonia española, periodistas y literatos norteamericanos, nos prestaron su apoyo y premiaron con su aplauso nuestra Exposición, y no puedo olvidar, para el elogio y para la gratitud, el nombre de Mr. Charles J. Drossner, presidente de la Hispano and American Alliance, que en todo momento derrochó generosidad y entusiasmo en favor de nuestra idea.

Dos advertencias nos hace para terminar nuestra conversación el Sr. Martínez de la Riva:

Primera. La buena literatura española contemporánea tiene en los Estados Unidos magnífica posibilidad de conquistar un buen mercado.

Segunda. Es inútil exportar pornografía literaria.

La ilustre escritora Concha Espina y Mr. Drossner, en la inauguración de la Exposición

CINEMA

Primer programa de cinema parlante y sonoro

La primera prueba completa de cinema sonoro y hablado que se ha dado en España se celebró el día 10 en el Real Cinema.

Y esta prueba, fué una afirmación, y una negación, a cosas que nosotros teníamos previstas. Sin conocer prácticamente estas nuevas manifestaciones que se unen al cinema, tuvimos para ellas un acentuado pesimismo. Esto fué anteriormente. Hoy que rebasamos los límites de lo teórico, hemos cesado en consecuencia varias cosas.

La primera, es la que nos demuestra que el cinema será más puro y más cinema cuanto más se acerque a su significado primitivo. O mejor, cuanto menos se aleje de la misión a que se le dedicó primeramente.

El cinema no es ni más ni menos que un desfile de fotografías animadas. Cuando los hermanos Lumiere patentaron su invento —en 13 de febrero de 1895—, le registraron con el nombre o título de *aparato destinado a la obtención y la visión de las pruebas cinematográficas*. A la *obtención* y a la *visión* de fotografías de personas, de objetos, de paisajes, de cosas. Nunca a la sonoridad de las mismas.

Cierto que el cinema, en sus treinta y cuatro años de existencia, ha evolucionado enormemente. Lo que se apuntó enfocando escenas de teatro naturalista, ha logrado después presentar los mayores dinamismos de nuestra civilización moderna. Pero, así y todo, siempre ha continuado unido a sus primitivos orígenes: el silencio y el blanco y el negro de la fotografía.

Se ha pretendido en varias ocasiones adicionar al cinema sonoridades y colores naturales. Recordemos, últimamente, el "Kinemacolor" y el "Cine Acústico o Parlante", de los ingenieros Péter y Poulsen, y su fracaso. Pero su fracaso, no estriba, precisamente en su escaso interés. Es la nacionalidad, la patente de invención, quien le impidió explayarse en Europa como ahora lo hace en América y en el mundo entero.

América impondrá el cine sonoro, y tal vez el hablado, como ha impuesto otras muchas cosas. Esto tampoco abona nada en su favor. Demuestra, más bien, la preponderancia de su nacimiento, y ya es bastante. En América, las principales productoras de films, están dirigidas y comanditadas por judíos. Hombres expertos que han invertido en esta industria—la tercera de Norteamérica—grandes capitales que no dejarán arrebatarse.

El cine sonoro ha llegado, también, en un momento de verdadera crisis cinematográfica yanqui. Alemania y Rusia habíanse apoderado de la técnica y, con ella, de la atención mundial.

Nació el cinema sonoro y los productores americanos se dedicaron a explotarlo, como pudieron haber explotado otra manifestación cinematográfica que les ofreciese un nuevo campo de batalla del que saldrían vencedores. (No olvidemos que en América el cine es una industria, y como a tal se le trata.)

* * *

"Barcelona Trail" se llama el conjunto global de lo presentado. La película tiene de todo: escenas sonoras, parlantes, sincronizadas solamente, mudas... Trozos de films que se exhiben actualmente en Norteamérica y trozos filmados exclusivamente para su presentación y propaganda en Barcelona.

Lo mejor, lo más completo de todo, son los films espectaculares: "Chevalier", "Broadway" y "La tragedia del circo". Los dos primeros son revistas sincronizadas; presentadas con una fastuosidad y una grandeza insospechada, y como no podrían hacerse fuera del cinema. El otro, un film—en blanco y negro—de un gran dinamismo sonoro. Gustaron estos trozos y este es el camino que marcamos al cinema sonoro, como más seguro. Los otros, los hablados, curiosos solamente. Muy anecdótico, muy pintoresco el desfile de "estrellas"—Norma Talmadge, Clara Bow, Norma Shearer, Bebé Daniels, Louisa Fazenda, Laura La Plante, Lupe Vélez, Raquel Torres, Marión Dawes, Sue Carol, Dolores del Río, Harold Lloyd, Charles Rogers, Reginal Denny, Warner Baxter, Luis Alonso—pero nada más. La voz de todos ellos llegó a nosotros con dos inconvenientes primordiales: su marcadísima—hasta en los hispánicos Marcelo Ventura, Luis Alonso, Dolores del Río, Lupe Vélez—pronunciación inglesa y su voz antinatural, antiarmónica; desagradable en varios casos.

Por eso ponemos en duda la eficacia futura del cinema hablado. El sonoro—como dijimos antes, como apuntamos siempre—tendrá un interés espectacular de gran masa, de gente anónima que quiera aturdirse viendo muchas figuras en escena cantando canciones picarescas o coreando un jazz-band; pero el hablado, no podrá contar ni con eso; ya que la monotonía de su sonido, de su diálogo, le sitúa en un plano ajeno a todos los gustos.

JUAN PIQUERAS

La rotativa, que juntamente con otras nueve grandes máquinas, forman el equipo actual de impresión con que cuenta la Compañía de Artes Gráficas de C. I. A. P., que pronto será ampliado con una máquina rotativa a colores, y con instalaciones de hueco-grabado. Siete minervas, algunas automáticas, completan esta modernísima instalación de la Compañía General de Artes Gráficas.

Los libros inmediatos

Procreación

Es la noche. Una noche castellana de mediados de agosto en el año 1040. El calor sofocante del día ha calmado un poco, gracias a un viento sin sol que sopla infatigable desde hace tres horas cargado de olor a campo y de rumores de chopos.

Durante el día el cielo se había dejado caer con todo su sol sobre la tierra, la pobre tierra sedienta, sofocada, tratando de sacar la cabeza y poder respirar brisas verdes.

La noche ha traído una tregua y todo duerme pesadamente, como embotado, como embrutecido.

La casa de Diego Laínez, una inmensa casona de piedra en el pueblo de Vivar, medio fortaleza, medio casa de campo, tratando de mantenerse fría a fuerza de piedra, levanta sus líneas duras y precisas, su adusta majestad en medio de un sueño de piedra.

Piedra. Piedra. Piedra. He aquí la casa de Diego Laínez. Casa de silencios de piedra, de sueños de piedra, de palabras de piedra, de honradez de piedra, de sentimientos de piedra (¿quién ha dicho que las piedras no tienen sentimientos? ¡Oh, error), de energías de piedra, de hombres de piedra.

¡Casa señalada por el dedo de piedra del destino!

Diego Laínez, gran guerrero, ganador de batallas, sostén del trono de sus reyes, heredero de la sangre de Laín Calvo; Diego Laínez, que peleó en la batalla en que el conde Fernán González venció a Almanzor, ha vuelto de una consulta a que le llamara el rey y no puede conciliar el sueño.

Mil preocupaciones le asaltan. Desnudo sobre el lecho en vano se revuelve de un lado a otro. La respiración inquieta de su pecho fuerte retumba en las paredes como golpes de encarcelado.

Las imágenes del insomnio se cruzan en su cabeza, pasan, repasan; se precipitan unas sobre otras y dilatan su cerebro en fiebre.

España se le aparece como una olla de grillos, despedazada, diseminada, deshecha en mil trozos separados e incongruentes. Provincias, ciudades, fortalezas independientes. Un reyezuelo por aquí, un condado por allá, un general moro proclamándose amo de un terruño conquistado. Cristianos luchando contra cristianos, moros contra moros. Alianzas de moros y cristianos para luchar contra otros cristianos u otros moros. Rotos los pactos al día siguiente, los efímeros aliados se destrozan entre sí.

En el momento de calarse las armaduras de combate no se sabe contra quién se va a pelear.

Este es el cuadro que aparece a Diego Laínez. Hace ya más de trescientos años los mulsumanes invadieron España, y el imperio visigodo cayó con el rey Rodrigo en las aguas del Guadalete y se deshizo en ondas hasta el mar.

El gran imperio musulmán, después de llegar a su cenit y de haber sometido toda España a excepción de Don Pelayo, empezaba también a disgregarse en guerras intestinas y deshacerse en molicies de apogeo. Del Califato de Córdoba que había sido de una magnificencia de cuento oriental, quedaban como restos dispersos, como trozos de un planeta que ha estallado, los reinos moros de Granada, de Sevilla, de Murcia, de Denia, de Valencia, de Badajoz, de Toledo, de Zaragoza.

Don Pelayo, ese sólo trozo independiente de la península, desprendiéndose de roca en roca desde la cueva de Covadonga había empezado la reconquista. Don Pelayo no es un hombre, es un aluvión, es una bola de nieve.

¡Cómo admira a Don Pelayo Diego Laínez! Se le aparece como el dragón de las grutas del destino, lanzando fuego por los ojos, triturando moros entre los dientes, aplastando fortalezas bajo las patas.

Debido a Don Pelayo, los cristianos poseen ahora en medio de esos reinos moros, los condados de Barcelona, de Aragón y de Castilla; los reinos de Navarra, de Galicia y de León.

Diego Laínez adora a Castilla. Piensa en las hazañas de sus condes, vasallos del reino de León; las proezas de esos condes castellanos que han dado a sus tierras un olor a poema y a sangre de eternidad, desfilan en su memoria. Castilla presenta ya una fuerza hecha, una personalidad, tiene sabor a patria. Diego Laínez no puede contenerse y exclama en voz alta:

—Es preciso que nazca otro Don Pelayo, es preciso que salte una voluntad unificadora, otra fuerza invencible, otro destino.

Al ruido de las palabras de Diego Laínez, su mujer, que duerme junto a él, se despierta sobresaltada:

—¿Qué te pasa, Diego Laínez? ¿Estás enfermo—pregunta—. ¿Por qué no duermes?

—Pienso—responde el hombre.

—¿Qué piensas?

—No es cosa de mujeres lo que pienso.

—Política o guerras; comprendo.

—Salvar a España.

La mujer guarda silencio y siente un orgullo que le recorre toda la piel, orgullo del hombre a quien pertenece.

Los pensamientos de Diego Laínez son elevados y nobles. Nunca ella ha sentido en sus pensamientos los pasos de terciopelo de la traición, con ese oído que tienen las mujeres para los pensamientos de quienes las rodean.

Ella ama la integridad de ese hombre, porque ella es hija de otro varón semejante. Ella, Teresa Alvarez, es hija de Rodrigo Alvarez de Asturias, gran guerrero, conquistador del castillo de Ubierna, noble hacendado, poderoso por su influencia y su fortuna.

—Hace calor—dice ella—; sería bueno abrir las ventanas.

—Duerme.

Diego Laínez se levanta y abre las ventanas. Vuelve el silencio y vuelve el insomnio.

Ese simple gesto, abrir una ventana, que parece tan nimio, tan sin importancia, es una cosa grave. Abrir una ventana es como abrir el alma, es como abrir el cuerpo.

Por la ventana abierta entra la noche; detrás de la noche entra Castilla y detrás de Castilla entra España.

Millones de estrellas se precipitan por esa ventana como el rebaño que aguarda que abran las puertas del corral; miles de fuerzas dispersas corren como atraídas por un imán y se atropellan entre los gruesos batientes, todo el calor y las savias descarriadas de la naturaleza se sienten impulsados hacia el sumidero abierto en el muro de aquel aposento que se hace la arista de todas las energías, de todos los anhelos.

Innumerables corrientes eléctricas convergen hacia esa habitación, único punto interesante del mapa en aquella noche.

Diego Laínez siente todo ese enjambre de alientos profundos y substanciales llegar hasta él. Un vigor inmenso se apodera de su cuerpo, su pecho se hincha, se dilata y desborda en la noche. El mundo es una usina de energías, un acumulador de fuerzas ebrias, una fábrica de hidrógeno.

Y él traga, traga, aspira por todos sus poros esa riqueza que afluye hacia él y viene a ofrecérsele como el manjar del mundo.

¿Qué transmutación, qué destino va buscando esa aglomeración de irradiaciones?

Diego Laínez siente una vaga inquietud. La carne se rebela y un cosquilleo le agita las arterias.

Afuera la noche se pone lánguida, blanda. Una ancha brisa nacida en quién sabe qué jardines recónditos, trae caricias de flor, suavidad de hierba. Un ruiseñor silba a su hembra en castellano y la noche se hace envolvente como una cabellera de mujer.

Diego Laínez contempla a la que duerme a su sombra. Hermosa, regordeta, Teresa Alvarez es la hija del campo, del hacendado noble, de sangre bien nutrida. Hermosa, regordeta, frutal. Carne apetitosa, apta a la caricia, pronta al amor. Sus senos potentes con perfumes de huerta como grandes melones, palpitan con un ritmo sereno de corazón y de mar.

Mirar esa mujer rejuvenece, dulcifica, aclara los problemas del mundo. Todo junto a ella se hace natural, primario, alegre. No se comprende el vicio, ni las complicaciones, ni los retorcimientos de falsos placeres. El amor directo, lógico. El acto sexual rotundo de un hombre y de una mujer enlazados cumpliendo una función orgánica imperiosa y suprema.

Diego Laínez la coge entre sus brazos, le acaricia todas las blanduras. Ella le ofrece los labios carnudos y pletóricos. El se crispa en cada roce. Ella se muere en cada beso.

Es un instante solemne, ese instante en que el mundo parece hacerse silencioso para escuchar, recogerse para dar un gran salto. Se prepara una fiesta.

El hombre ahora es el macho, y el macho no resiste más sus fuerzas; la mujer es la hembra, y la hembra se abre como una rosa de piel.

Diego Laínez, fogoso, rudo, infantil, se precipita sobre su mujer y entra en su carne, se hunde debajo de su piel con energías de guerrero descansando, ansioso de batallas, impaciente de victorias.

La tierra toma el ritmo de esos cuerpos resollantes y suspira como una montaña. El infinito se vacía, el universo vacila y durante un minuto el sistema planetario se detiene.

Dios, mirando por el ojo de la cerradura del cielo, sonríe.

—¡Ah! Diego, esposo mío, nunca he sentido un estremecimiento semejante; creí perder la razón.

—Teresa mía, yo tampoco; se me figura hacer el amor por primera vez.

Y Diego Laínez lloraba de alegría.

—No sé, no sé qué tengo, mujer; pero se me figura que no soy yo el que ha realizado el simple acto de amor, sino todo el universo el que lo ha realizado en mí. Se me figura que he cumplido un designio.

—Esta noche tiene gusto a milagro.

Y otra vez la obsesión de Don Pelayo se apodera del alma de Laínez. Don Pelayo, Don Pelayo, la obra inacabada, trunca, cortada a mitad del camino.

La sombra del guerrero gigante se pasea en los sueños de Diego Laínez y la noche se hace fuerte, heroica. La noche es Don Pelayo y afuera el ruiseñor sigue cantando a Don Pelayo.

—Sí, efectivamente, esta noche tiene sabor a milagro.

V. HUIDOBRO

(Capítulo primero del libro "Mío Cid Campeador" que, en breve, publicará la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.)

El problema de las traducciones

Et j'adopte volontiers sa formule finale: "Le but auquel nous arrivons c'est une large intégration."

A. GIDE.

Recientemente la revista que aparece en París intitulada *La Cooperation intellectuelle* ha publicado las respuestas enviadas por escritores españoles —Díez-Canedo—, franceses—A. Gide—, alemanes—Stefan Zweig, Max Richner—, italianos, ingleses, etc., a su encuesta sobre la significación y valor de las traducciones. La encuesta, inspirada en el espíritu internacional de Ginebra, tiende a relacionar las diversas culturas para formar una unidad cultural: Paneuropa.

Al mismo tiempo, Marcel Brion ha escrito para la revista de Zurich *Die Neue Schweizer Rundschau* un ensayo sobre Francia y las literaturas extranjeras, en el que estudia y analiza la ética y la estética de las traducciones.

¿Qué puede aportar España como planteamiento y solución a dicho problema? ¿A dicho tema?

* * *

En España—que desde hace unos siglos expresa el deseo de dejar extraviarse sus esencias: esencias ecuménicas, humanas—la voluntad de traducción es insignificante, como lo ha sido, también, durante los siglos XVIII y XIX.

España es una de las culturas más aptas a una integración de los distintos valores humanos.

Viceversamente a Francia, que orgullosa de sí misma—como dice Brion—coloca en un plano externo las obras extranjeras. España tiene la magna facultad de una rápida y profunda asimilación. No mera copia. Ejemplos actuales: el fenómeno literario ruso, el fenómeno filosófico alemán, el fenómeno moral italiano.

La lengua española—al contrario de la francesa—es una lengua viva con la facultad neologizadora y renovadora de formas sintácticas; de formas gramaticales. Es decir: de una parte, la lengua española es apta para lo que simplistamente se ha llamado una *traducción fiel*; de otra parte, esa aptitud le permite, al traducir, la creación y formación de nuevos estros estilísticos.

Y se puede afirmar que la lengua española del quinientos y del seiscientos se originó en una voluntad de traducción. Pero en siglos posteriores dicha voluntad se agotó. No se integró a Pascal; la traducción de Shakespeare fué superficial; Schiller y Goethe fueron vanos nombres.

Gundolf ha captado en toda su profundidad y extensión el problema de las traducciones. A ese problema ha dedicado uno de sus mejores libros: *Shakespeare und der deutsche Geist*, en el que la traducción de los libros del dramaturgo inglés es una extensión e integración totalizadoras de la materia y forma artísticas alemanas. Gundolf ha podido, pleno de claridades, contemplar los valores éticos, estéticos e intelectuales encerrados en una traducción, porque pertenece a un círculo cuyo vate comenzó su vocación artística traduciendo a Beaudelaire y Dante. Y Gundolf también ha dedicado una parte de su vida a la traducción completa de las obras de Shakespeare.

Para traducir no basta sólo conocer la lengua que se traduce. Es necesario también dominar la propia. Los buenos traductores han sido los grandes escritores. Gundolf, el crítico más profundo de la época actual, tiene un intenso conocimiento de las posibilidades de la lengua alemana; Gide, cuya maestría idiomática es indudable; G. Papini; Rainer María-Rilke...

* * *

Gide ha integrado a Francia Shakespeare, Conrad, R. M. Rilke, Tagore... Papini ha italianizado a Unamuno. Y en España, ¿qué escritor, gran escritor, se ha dedicado a la traducción? Unamuno no nos ha dado ninguna. Kierkegaard, Shakespeare, Goethe, Dante, son en sus libros alusiones, altas; pero sus traducciones hubiesen tenido para nosotros una profunda significación.

En España, para poder formar un espíritu de integración es necesario un espíritu crítico—horizonte, ventana—de las literaturas modernas. Las literaturas francesa, italiana, inglesa, alemana, son arcanos y misterios. Gide, Driux, La Rochelle, Reverdi, Breton, Soupault, son sólo vacías palabras. Lo novísimo italiano nos es desconocido. Las literaturas inglesa—Bennet, Chesterton, Conrad, Joice—y alemana—Klaus Mann, Klabund, Glaesser, Kaiser—son paisajes extraños (1).

Sus causas son muy complejas: Ausencia de la Universidad, superficial enseñanza, la falta de interés en el público por la vida moral. Y, sobre todo, la ignorancia de los editores españoles, que deseando convertir la traducción en un negocio rápido, entregan los libros más superficiales, lo menos alusivos a una literatura, a manos inexpertas (2).

* * *

Es innegable que en toda traducción existe una arista internacional, un problema europeo. Pero el perfil nacional es más interesante y perentorio para España, que sufre de una mutilación de su esencialidad. El cauce de la Historia no ha pasado últimamente por ella. Es necesario tornar a abrir el cauce y que mane el agua profunda de universalidad.

Sólo la nacionalización, el adentramiento, puede influenciar Europa. Y sólo una vida europea, o universal, puede adensar los rasgos de los perfiles nacionales.

Gide ha definido bien. Es un profundo error creer que se labora con obras desnacionalizadas en la estructuración de la cultura europea. Antes al contrario. Cuanto más *particular* sea la obra tanto más útil será a la Humanidad. Es necesario repetirlo sin cesar, pues se tiende a establecer una confusión entre cultura europea y desnacionalización. Así como el escritor más individualizado también presenta el interés humano más general, la obra más digna de formar la cultura europea será la que represente más específicamente su país de origen.

Ejemplo: Miguel de Unamuno, cuya afirmación española ha sido una respuesta de salvación para Europa.

Y viceversa. Cuanto más los perfiles de una nación están en contacto con los perfiles extranjeros, tanto más la nación intima con su ser y con su historia. Ortega y Gasset ha aludido a la desvertebración de España, iniciada con la pérdida de la posibilidad de captación del espíritu universal.

JOSE FRANCISCO PASTOR

(1) Debido a la ausencia de críticos es posible que pase por una obra simbólica de la literatura alemana la novela "Sin novedad en el frente", de E. M. Remarque, obra de escaso valor literario y que no representa el moderno espíritu de la juventud alemana. Su éxito ha sido causado por el simiesco espíritu internacional.

(2) Excepciones han sido las traducciones de Proust, por Pedro Salinas, y las de Wilde, por Ricardo Baeza.

El Libro para Todos

La novela grande de cinco pesetas completa, por

SEIS REALES

GRAN COLECCION DE DIVULGACION LITERARIA, QUE VIENE PUBLICANDOSE CON LAS OBRAS MAS ADMIRABLES DE

UNAMUNO, VALLE - INCLAN, PIO BAROJA, GALDOS, PEREZ DE AYALA, FERNANDEZ FLOREZ, PEDRO MATA, ALBERTO INSUA, "EL CABALLERO AUDAZ", CARRERE, CONCHA ESPINA, HERNANDEZ CATA, PALACIO VALDES, JACINTO OCTAVIO PICON, PARDO BAZAN, FELIPE TRIGO, ZAMACOIS, LUIS DE OTEYZA, GUTIERREZ GAMERO, PEREZ ZUÑIGA, FRANCISCO CAMBA.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

POSTAL DE VALENCIA

La alborada del sol gracioso

Hay marea en la Sala Blava por cómo, en su inauguración, E. Giménez Caballero la impulsó a una mar alta de ideología. La marinería, no preparada, en su mayor parte, para el recio oleaje, lo denomina con un tabú: paradoja. Cree que—con ese exorcismo—pierde peligro la revuelta. Pero ya dijo Wilde que las paradojas no están en quien las dice, sino en quien las escucha. Aquel que no vió en la charla caballeresca paradojas y sí recetas orientaciones, les hizo ver, desde *El Mercantil Valenciano*, el peligro y la salvación. Se ha visto: prefieren morir abrazados a las tablas de la ley del siglo XIX, o en sacrificio a la santa sombra del "Gigante", que da un paludismo de fanatismo antiespiritual.

El "Gigante" era una especie de Polifemo de Góngora, a quien la Galatea de la inspiración literaria le puso más de una vez la enorme lira córnea en el frontal. Sólo que, en Valencia, su Acis, que no tardará en despertar, yace aún algo dormido. No era "el Gigante" un dechado de delicadezas, desde luego. No puede serlo ningún gigante. El serlo presupone primitivismo, rudeza, animalidad: dinosauros y fuerza bruta. En arte no se pudo dar nada más rudo y de más mal gusto que las imágenes con que "el Gigante", a quien—¡pobre gigante!—le venían grandes los naranjos, exornó sus volúmenes. Ante un nocturno inundado de azahar y luna no se le ocurre otra similitud que la de un pisapapeles de papelillos encerrados en un vidrio semiesférico. (¡Azorín, querido maestro Azorín: ¿Cómo se le olvidó al Yuste de "La Voluntad" esta suculenta imagen de Blasco Ibáñez!)

En suma, allá mueran los fieles del gigante abrazados a su sombra. Pero lo gracioso es que, a pesar de ello, quieran ser vanguardistas y ponerse al frente de la orientación valenciana. Dos cosas son precisas para llevar en las palmas de las manos sensitivas la brújula de la nueva Valencia:

A) Desterrar el bilingüismo decidiéndose por el castellano, al que los levantinos pueden aportar nuevos matices en este momento de intensidad del idioma español, en que es una vergüenza desterrarse de él. Una vergüenza y una cobardía. Esa línea de prosistas y de poetas españoles que avanzan hacia un nuevo vigor del castellano idioma son tan fuertes, tan recios, que para ponerse en su línea se ha de menester mucho arranque, mucho aliento, mucho esfuerzo. Ténganlo los levantinos. No se acobarden y queden disimulando en valenciano la impotencia de sus ingenios. Valencia—lo dice Menéndez y Pelayo—tiene más tradición gloriosa de escritores y poetas en castellano idioma que en el dudoso y débil valenciano, tembloroso dialecto del catalán.

B) No dormirse a la sombra de una política desvigorizada y postiza. Si no, por muy liberal que se sienta la ideología, darle un jugo nuevo de sangre joven y de esforzado ímpetu al futuro.

"Ese idioma valenciano—dice Menéndez y Pelayo—desaparecerá un día, fatalmente, de las márgenes del Turia." Que sea hoy mismo. Sacad vuestro ingenio a más extenso estadio.

Sala Blava, después de la revuelta, inmediatamente después, se ha orientado divinamente en pintura. La doble Exposición de Sánchez y Lahuerta—conferencias de Díez Canedo y de Chabás—son ya el viraje de Valencia hacia la mejor vanguardia de lo plástico.

Sánchez es un temperamento delicado y sensitivo. Las imágenes de sus bien armonizados lienzos tienen alos de espiritualidad.

Lahuerta es un temperamento más exuberante. Armoniza en sus lienzos emociones populares como el poeta García Lorca en sus poemas.

En los lienzos de Sánchez aparecen niños, infantas, pájaros, flores de verdad y sensitivos atormentados de inquietudes religiosas.

En los lienzos de Lahuerta, las flores son de papel; en vez de niños se ven marineros con armónicas mujeres tropicales que danzan retorciendo sus vestes alunaradas; mineros atormentados de subsuelo, pájaros de papel y caña; rodamontes y soles graciosos, infantiles, humanos, alboradas. Son estos pintores la representación de los dos mediterráneos: el de Jesús y el de Venus; las dos fuerzas eternas, los dos ejes del mundo moral y estético. Y están vistos con la val. tía de la modernidad. Ya sabemos por D'Ors que aquél que dijo la frase que puede regir el arte de hoy era un Borgia, un valenciano: "Nunca serviré a señor que se me pueda morir." Así, el arte de Sánchez y Lahuerta, saltando sobre la podredumbre del naturalismo, aspira a un arte incorruptible, al que se pueda, sin miedo, entregar el intelecto y el amor fervoroso... Están bajo una luz de sol de juguete: intelectual.

E. FORNET

LIBRERÍA **LA FACULTAD**

DE

JUAN ROLDAN Y COMPAÑIA

359, Florida, 359.--BUENOS AIRES

Algunas de las obras publicadas por esta Casa.

RICARDO ROJAS (Rector de la Universidad de Buenos Aires):

	PESETAS
Historia de la Literatura Argentina (ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata), ocho tomos	64
Blasón de plata (un tomo)	6
La Argentinidad (un tomo)	6
Los Arquetipos (un tomo)	6
La Restauración Nacionalista (un tomo)	6
Eurindia (un tomo)	6
La Guerra de las Naciones (un tomo)	6
Discursos (un tomo)	6
El País de la Selva (un tomo)	6
Poesías (un tomo)	6
Las Provincias (un tomo)	6

SALDIAS

El Cristo invisible (un tomo)	6
Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época (cinco tomos, encuadernados)	110

VICENTE FIDEL LOPEZ

Historia de la República Argentina, continuada hasta nuestros días, por E. Vera y González (13 tomos; encuadernados)	260
Manuel de Historia Argentina (dos tomos)	12

LEGISLACION ARGENTINA

Leyes Nacionales, sancionadas por el Congreso durante los años 1852 a 1921 (25 tomos, encudernados)	450

LIBRERIA ESPAÑOLA EN PARÍS
LEÓN SÁNCHEZ CUESTA

Servicio esmerado, rápido y económico de libros a todos los países

PARÍS (V.º) — *10, Rue Gay-Lussac*
MADRID — *Calle Mayor, 4*

Precios de suscripción a LA NOVELA DE HOY

ESPAÑA

Año	14,00 pesetas
Semestre	7,50 "

PORTUGAL

Año	16,00 "
Semestre	10,00 "

EXTRANJERO

Año	22,00 "
Semestre	14,00 "

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Don .... *domiciliado en* .... *provincia de* .... *calle de* .... *desea suscribirse por* (un año — un semestre) *a LA NOVELA DE HOY, a partir del día* ...... *de* ...., *para lo cual remite por* (giro postal — sellos de correo) *pesetas* (14,00—7,50).

En .... *a* .... *de* .... *de* ......

(Firma.)

COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES
Calle Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Madrid.

¿Quiere usted poseer por cinco pesetas mensuales una biblioteca completa?

SUSCRIBASE A LAS

Bibliotecas Populares CERVANTES

que publica LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL Y LOS CIEN LIBROS EDUCADORES

Por CINCO PESETAS mensuales recibirá usted CUATRO LIBROS todos los meses.

Obras todas ellas imprescindibles al OBRERO, EL HOMBRE DE NEGOCIO, EL SABIO, EL IGNORANTE, LA MUJER MODERNA, EL VIEJO, EL JOVEN

Diríjase escribiendo claramente su nombre, profesión y domicilio, a COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, PUERTA DEL SOL, 15, MADRID

SUSCRIBASE: Obtendrá una hermosa biblioteca completa, integral, por

CINCO PESETAS

LEA USTED

Paisajes, hombres, costumbres y canciones

DE LA PROVINCIA DE LEON

POR

LEÓN MARTIN GRANIZO

Editor: JUAN ORTIZ

Marqués de Torrelaguna 20, Ciudad Lineal, Madrid

PÍDALO EN TODAS LAS LIBRERÍAS

LA LIBRERIA BELTRAN

PRÍNCIPE 16.—MADRID

envía a reembolso todos los libros

Compañía General de Artes Gráficas

LIBROS, REVISTAS, FOLLETOS Y TODA CLASE DE IMPRESOS

Príncipe de Vergara, 42 y 44

TELÉFONO 53742

MADRID

Este número ha sido visado por la Censura

COMPAÑÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS
Príncipe de Vergara, 42 y 44.—MADRID.